

PEDIR PERDÓN A DIOS

Jesús Martínez García

Índice

Los árboles rebeldes
¿Soy muy importante)
La grandeza del hombre
El pecado
Reconocer «mis» pecados
Ser sinceros
Aclarar la conciencia
Tres maneras de vivir
Temor al infierno
La tibieza: falta de amor
Descubrir el amor de Dios
Agonía en el huerto
Flagelación
Coronación de espinas
Camino del Calvario
Muerte en la Cruz
Me amó y se entregó por mí
Dolor de amor
¿Por qué lloras?
Dios me perdona
Resurrección espiritual
No volver a pecar
Examen de conciencia
Examen
Acto de contrición
Fórmula de la absolución

LOS ÁRBOLES REBELDES

Un esbelto álamo propuso a los árboles del bosque un pensamiento lleno de orgullo: «Hermanos –les dijo–, bien sabéis que la tierra nos pertenece, porque de nosotros dependen los hombres y los animales, sin nosotros no pueden vivir. Somos nosotros los que alimentamos a la vaca, a la oveja, al pájaro, a las abejas...; nosotros somos el punto céntrico, y hasta el mismo suelo va formándose de nuestro ramaje podrido. No hay en el mundo sino un solo poder que nos domine: el Sol. Se dice que de él depende nuestra vida. Pero, hermanos, yo estoy convencido de que esto es un cuento. Seguro que podemos vivir sin la luz del Sol.»

El álamo hizo una pausa en su discurso. Algunos robles y olmos, ya vetustos, murmuraron en señal de protesta, mas los árboles jóvenes inclinaron sus cabezas en señal de aprobación.

Continuó el álamo con voz más alta: «Sé muy bien que entre las plantas hay un partido de cabezas cerradas, que cree en esa rancia superstición. Pero yo confío en el sentido de independencia de la joven generación. Es necesario que nosotras, las plantas, lleguemos un día a sacudirnos el yugo del Sol. Entonces surgirá una generación nueva, una generación libre. ¡Adelante, pues, a la guerra de la independencia! ¡Y tú, viejo reflector de las alturas, llega el fin de tu poderío!»

Las palabras del álamo se perdieron en los gritos de asentimiento que ahogaban las manifestaciones de disenso de los árboles viejos. «Declaramos la huelga contra el Sol –continuó de nuevo el álamo–. Trasladaremos nuestra vida a la oscura noche, llena de misterios. En la noche queremos crecer, florecer, exhalar nuestros perfumes y dar nuestros frutos. ¡Para nada necesitamos del Sol! ¡Seremos libres!»

Al día siguiente los hombres notaron cosas raras. El sol brillaba espléndidamente, pero las flores inclinaban su cabeza hacia el suelo con sus cálices cerrados. En cambio, al anochecer, los pétalos se entreabrieron y las corolas, pintadas de todos los colores, irguieron su cuello hacia los pálidos rayos de la luna y la luz débil de las estrellas. Así sucedió durante varios días, pero pronto se vieron cambios extraños en la vegetación: el trigo estaba tumbado en el suelo, las flores perdían su color, las hojas se secaban. Todo se marchitaba como en pleno otoño.

Las plantas empezaron entonces a refunfuñar, motejando al álamo. Pero el cabecilla de la rebelión –también él con las hojas secas, de un color amarillo como el canario– siguió instigándoles: «¡Qué tontos sois, hermanos! ¿No veis

acaso cuánto más hermosos, más bizarros, más libres, más independientes sois ahora que cuando gemíais bajo el dominio del Sol? ¡Ca! ¡No es verdad! Os habéis vuelto más finos, más nobles; habéis adquirido personalidad...»

Algunas de las desgraciadas plantas seguían creyendo al álamo, y con labios cada vez más amarillos murmuraban una y otra noche: «Nos hemos vuelto más finas... Nos hemos vuelto más nobles... Hemos adquirido personalidad.» La mayoría, sin embargo, se declaró contra la huelga en tiempo oportuno, y se volvió hacia el Sol vivificante.

Al llegar la nueva primavera, el álamo, seco, erguía como triste espantajo sus ramas descarnadas en medio del bosque, que rebosaba en pujante fuerza de vida y de trinos de pájaros. Sus necias enseñanzas se fundieron en el olvido. En torno suyo, las flores enviaban el perfume de su agradecimiento al Sol antiguo (cfr T. Tóth, *El Joven creyente*).

Todas las cosas que existen en el mundo tienen unas leyes impresas en su naturaleza, puestas por el Creador. Y las cumplen de un modo inexorable. Por eso hay orden en la naturaleza. Si Dios no hubiera puesto ese orden de manera inteligente y las cosas no siguieran ciegamente sus leyes sería el caos: el agua del mar podría subirse a las ciudades costeras, las estrellas chocarían entre sí o los pingüinos irían a veranear al caribe y morirían (¿Te imaginas un pingüino en bermudas y con gafas de sol?). Por eso, porque cada cosa sigue necesariamente esas leyes ya te das cuenta de que los árboles del cuento no podían rebelarse. Sólo las personas, porque tenemos inteligencia y voluntad, podemos no seguir el plan que Dios ha establecido para que alcancemos nuestra perfección.

Junto a las leyes biológicas que rigen el desarrollo y funcionamiento de nuestro cuerpo, tenemos unas leyes de comportamiento, unas normas morales para que vivamos como personas, es decir, como seres espirituales y libres. Estas leyes morales son los Mandamientos. Cumpliendo voluntariamente los Mandamientos de la Ley de Dios nos perfeccionamos como personas y alcanzamos la felicidad, porque es precisamente lo que nos viene bien.

¿SOY MUY IMPORTANTE?

Hemos de alcanzar nuestra perfección voluntariamente, haciendo el bien y evitando el mal. Con la inteligencia conocemos lo que hemos de hacer y con la voluntad hemos de querer hacerlo. Somos libres, pero la libertad podemos utilizarla para no hacer el bien que hemos de hacer. Como cumplir los Mandamientos nos puede costar, ya que nuestra naturaleza está dañada por el pecado original y no tiende siempre al bien, a uno se le puede ocurrir: ¿Por qué tengo yo que cumplir los Mandamientos que Dios ha establecido? ¿No soy libre para

hacer lo que me dé la gana? Puede surgir en nosotros la idea de rebelarnos, porque a todos nos cuesta tener que cumplir la voluntad de otro. Nos cuesta reconocer que somos criaturas hechas de una determinada manera por Dios, a Quien hemos de obedecer.

Cuentan que se encontraba un niño paseando a la orilla del mar, cuando de improviso lanzó esta pregunta a su madre: «Mamá, ¿qué harán con el mar cuando yo me muera?», como diciendo: ya lo he visto, ¿para qué sirve ya? No sé lo que le contestó su madre, pero quizá tú le hubieras dicho con desdén: ¿Pero tú quién te has creído que eres?

Los niños manifiestan a veces espontáneamente sentimientos que todos llevamos dentro y que procuramos no manifestar en alto, porque realmente son ridículos. Y es que en el fondo todos tenemos una oculta e inconfesable soberbia que nos lleva a pensar que, hasta que uno no ha llegado a la existencia, el mundo no estaba completo. Nos creemos personas muy importantes, y nos cuesta reconocer que no lo somos tanto como nos gustaría. Nos imaginamos que a partir de nosotros todo tiene explicación, que nosotros somos la medida del mundo y de nosotros mismos. Por eso a uno se le puede ocurrir: ¿por qué yo he de cumplir los mandamientos?

La realidad es que nadie nos pidió permiso para ponernos en la existencia, nadie nos preguntó cómo tenían que ser las leyes que rigen las cosas ni las normas que debemos cumplir los hombres. Los Mandamientos nos los han dado porque cumpliéndolos somos buenos. ¿Y por qué he de reconocer esos preceptos y tener que cumplirlos? Y se insinúa en nuestro corazón esa halagadora tentación: «Pero tú, con lo importante que eres, ¿tienes que obedecer a Dios? ¿Y si no le obedeces...? Serás independiente, tendrás personalidad..., serás como Dios.»

Sin embargo, es bueno que reflexionemos. ¿Verdaderamente somos tan importantes? ¿Quién es esa persona que se hace esas preguntas, y que se cree tan independiente? Veamos. ¿Cuántos años tengo? ¿Cuánto suele vivir una persona? ¿Setenta? Bien. Dicen que el hombre más antiguo del que se tiene noticia puede datar de hace 500.000 años. Una enormidad, y sin embargo, ¿qué es la historia de todos los hombres comparada con la historia de la tierra?

Los científicos estiman que han transcurrido 4.600 millones de años desde que se solidificó la superficie de la tierra. Si imagináramos la duración de la existencia de la tierra desde entonces hasta hoy como un día de veinticuatro horas, ¿qué lapso de tiempo correspondería a la historia de la humanidad? Empieza a contar el reloj imaginario desde que se forma la corteza del globo terráqueo y comienzan a discurrir las horas. Pasado el mediodía veríamos nacer la vida vegetal y embellecerse la tierra, pero por ningún lado veríamos al

hombre. Pasarían las horas, y cuando hubieran pasado veintitrés, es decir 79.200 segundos, todavía no habría ni rastro de él. Pasaría la última media hora..., faltarían diez minutos, cinco..., y todavía no se vería ningún hombre. Sólo cuando faltasen nueve segundos aparecería el primer ser humano. Quedarían entonces 500.000 años por delante hasta que nació cada uno de los que vivimos en este siglo: poco más de una milésima de segundo de nuestro reloj ficticio.

Eso sería la duración de mi estancia en la vida comparándola con la historia de la tierra. ¡Qué brevedad, qué insignificancia comparada con la historia de nuestro planeta! Y, después de todo, la medida que hemos tomado como punto de referencia es nada, casi desaparece con la historia de las estrellas que nos rodean. Parece ser que el sol que nos ilumina tiene más de quince mil millones de años de edad...

¿Por qué tengo que reconocer los Mandamientos y procurar cumplirlos? Porque Dios es Dios, y yo... soy una pequeña criatura cuya importancia radica precisamente en obedecer a Dios.

LA GRANDEZA DEL HOMBRE

Dice el salmista en la Sagrada Escritura: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?» (Salmo 8,5). ¿Cómo es que, a pesar de lo poco que es, Dios mira a cada persona humana con cariño? Debemos de ser muy importantes para Dios cada uno de nosotros. ¿Por qué? ¿Es que le podemos dar algo que Él no tenga?

Todo lo que tenemos es porque nos lo han dado: el cuerpo con sus facultades lo hemos recibido de nuestros padres. Pero el alma no nos lo han podido dar ellos porque el espíritu es indivisible y no se puede trocear ni transmitir, por consiguiente, el alma nos la ha dado Dios a cada uno por creación. Cada alma es de artesanía. Por eso guardamos una relación mucho mayor con Dios que con nuestros padres, y además es una relación continuada porque nos mantiene en el ser constantemente; de lo contrario el alma no podría seguir existiendo en este mundo hecho de materia.

Si todo lo bueno que tenemos lo hemos recibido directamente o indirectamente de Dios, ¿por qué nos mira con cariño y qué puede esperar de nosotros? Él nos ama porque Él es bueno, y aunque no le podamos dar nada que no tenga, desea una cosa de nosotros: nuestro cariño, nuestro amor.

Se nos ha revelado en los primeros capítulos de la Biblia que Él creó a Adán y a Eva a su imagen y semejanza, es decir, con espíritu, y que les elevó a la dignidad de ser amigos suyos. A eso hace referencia el Libro Sagrado cuando alude a que paseaban amistosamente con Dios. Además les puso una

prueba, no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, para que le demostrasen que le querían. Dios ha dejado a cada hombre en manos de su albedrío para que voluntariamente le obedezca y, amándole, logre así la felicidad en la tierra y después en el Cielo. Pero el hombre, por soberbia, puede desobedecer a Dios. Es el gran riesgo de nuestra libertad que Dios ha querido correr, porque aunque quiere que todos los hombres se salven, no quiere obligar a nadie a irse al Cielo, sino que desea que cada uno se lo gane con sus obras.

Toda la creación obedece inexorablemente a Dios siguiendo las leyes que Él le ha puesto. Al hombre lo amó tanto que le dio la posibilidad única de obedecer libremente, es decir, obedecer «porque le da la gana». Comenta san Agustín: «Puedo decir con toda verdad que la obediencia es la virtud propia de la criatura racional que actúa bajo la potestad de Dios; y también que el primer y mayor de todos los vicios es el orgullo, que lleva al hombre a querer usar de su potestad para su ruina, y tiene el nombre de desobediencia» (*Sobre el Génesis*, 8).

Nuestro destino es la felicidad eterna, pero mientras caminamos en esta tierra hemos de obedecer a Dios. Por eso, cuánta soberbia supone rechazar la enseñanza divina en la formación de nuestra conciencia, y decir: «lo siento, pero mis mandamientos no coinciden con los Mandamientos de Dios.» Nos interesa mucho acomodarnos a lo que Dios espera de nosotros. Tenemos obligación de buscar la verdad, conocer lo que Dios quiere y cumplirlo. Ya nos advierte la Sagrada Escritura diciendo: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es el todo del hombre» (Si 12,13), su única riqueza.

EL PECADO

La historia del pecado es muy antigua, tan antigua como la historia de los hombres. Después que Dios señaló a nuestros primeros padres que no comieran del árbol prohibido, apareció el diablo y les prometió que si comían de él serían independientes de Dios, serían como dioses. Y ellos lo creyeron y pecaron. Nada más pecar comprobaron su equivocación, pues la realidad fue muy diversa a la que ellos habían imaginado: en vez de realizarse, en vez de convertirse en dioses y ser felices, Dios les castigó echándoles del Paraíso terrenal. Serían infelices porque habían perdido el tesoro que tenían: su amistad con Dios, ser hijos de Dios por la gracia. ¡Perdieron su dignidad de hijos de Dios!

Fue el mayor timo de la historia, el robo de más valor de todos los tiempos. Si hubieran podido reírse los diablos, en el infierno se habría escuchado la gran carcajada de satanás y sus secuaces. El diablo conoció entonces la gran

capacidad del hombre para hacer tonterías: perder su tesoro... por una nada.

Después del primer pecado, Dios no quiso aniquilar al hombre, no le quitó la vida natural ni su libertad. Aunque el hombre *rompió* con Dios, Dios le seguía amando. Y «tanto amó Dios al mundo, que (al cabo de unos siglos) le dio su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3,16). La obediencia de Cristo al Padre, muriendo en la Cruz restableció el estado de justicia perdida por la desobediencia de Adán, y permitió a los hombres recobrar su dignidad sobrenatural, siempre que fueran a beber en esos canales por donde nos llega la salvación, que son los Sacramentos.

Pero los hombres seguimos teniendo la posibilidad de querer ser como Dios, de saltarnos los Mandamientos. El diablo sigue tentando a cada uno, prometiéndole la felicidad si desobedece a Dios –cuando en realidad no es así– y después, se comprueba amargamente la equivocación de haber usado mal la libertad. Un ejemplo puede ayudarnos a comprenderlo.

Cuando el sultán turco Mohamed II tomó Constantinopla en 1453 y la inundó de sangre, mandó aprisionar a los cristianos que sobrevivieron a aquellos estragos. Había entre éstos una joven bastante agraciada, llamada Irene, a la que el sultán, contra el parecer de sus capitanes, prometió que la haría esposa suya si abrazaba el islamismo. La miserable, cegada por la lisonja de tan alto honor, consintió en la apostasía de su fe.

Llegado el día de los desposorios se desplegó gran aparato para la ceremonia. En la gran plaza de Constantinopla se erigió un palco. A su alrededor se fueron colocando los grandes del reino y la multitud. A la hora señalada compareció en el palco Irene, cargada de joyas. El sultán la presentó al pueblo y le preguntó si quería dejar el cristianismo. «Quiero», respondió ella. Entonces Mohamed puso la corona sobre su cabeza. Pero, en el momento en que la nueva reina iba a dar unos pasos para mostrarse al pueblo, el sultán desenvainó la cimitarra y de un tajo en el cuello le cortó la cabeza. Después, dando un puntapié al miserable tronco, gritó al pueblo con una voz terrible: «¡He aquí cómo vuestro sultán sabe dominaros a vosotros y dominarse a sí mismo!» Tal fue la ganancia de la apostasía de la fe de aquella desgraciada muchacha.

Si el diablo pudiera reírse, después de cada pecado se oiría en el infierno una carcajada de parecido calibre a aquélla del paraíso terrenal. No olvides tu dignidad de hijo de Dios; descubre el engaño del *adversario* (que eso significa *satanás*) cuando te presenta el placer, la pereza, el orgullo... No pierdas nunca el gran tesoro de tu alma en gracia, porque sólo se vive una vez. Mira que eres poca cosa, una criatura diminuta y frágil, pero muy valiosa a los ojos de Dios, y tienes un destino eterno. ¡No olvides tu grandeza!

Señor, ayúdame a conocer
tus mandatos y a ser humilde.

RECONOCER «MIS» PECADOS

Desde aquella triste experiencia del pecado original, el pecado es una realidad en la historia de los hombres, en la historia de cada uno. De tal manera que san Juan llega a decir que «si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros» (1 Jn 1,8). Es asombroso lo que es el pecado: la equivocación de la criatura respecto a su fin, que es Dios. Cuesta reconocer que existe el pecado, y más difícil reconocer, no el pecado en abstracto sino que *yo he pecado*. Esto requiere admitir la propia libertad puesta en juego en el mal, y la valentía de admitir que uno se ha equivocado al elegir. Reconocer que nuestras opciones malas no son cosas que suceden alrededor nuestro, sino que suceden en nosotros, únicamente de nosotros (cfr Juan Pablo II, *Audiencia*, 14-III-1984).

Si pretendemos amar a Dios, éstos son los pasos que hemos de dar, siguiendo los consejos de un famoso director de almas: «El primer paso que el ánima ha de dar allegándose a Dios ha de ser la penitencia de sus pecados. Y para que ésta sea bien hecha aprovecha mucho desocuparse de todos los negocios y de toda conversación, y entender con cuidado en traer a la memoria todos los pecados de toda la vida, sirviéndose para ello de algún buen Confesorario (tratado para prepararse para la confesión). Y después de los haber bien gemido, confesarlos con médico espiritual que le pueda y sepa dar remedio competente a su enfermedad, y le ponga su conciencia tan llana, como si aquel día hubiese el hombre de morir y ser presentado en el juicio de Dios» (San Juan de Ávila, *Audi Filia*).

Esto hemos de hacer en los Cursos de retiro y cuantas veces sea preciso. Lo primero que hemos de hacer es reconocer *nuestros propios* pecados. Para ello es necesario hacer examen en nuestra conciencia. «El examen de conciencia se nos revela así –nos dice el Santo Padre– no tanto como esfuerzo de *introspección psicológica*, o como gesto intimista que se circunscribe al perímetro de nuestra conciencia, abandonada a sí misma. Es sobre todo *confrontación*: confrontación con la ley moral que Dios nos dio en el momento creador, que Cristo asumió y perfeccionó con su precepto del amor y que la Iglesia no cesa de profundizar y actualizar con su enseñanza» (Juan Pablo II, *Audiencia*, 14-III-1984).

Ponernos delante de Dios y confrontar nuestras acciones con los Mandamientos de la Ley de Dios y los Mandamientos de la Iglesia, para apreciar nuestra vida tal como la ve Dios. Porque no se trata de si estamos contentos

con nosotros mismos, sino si lo está Dios. Para esto es preciso conocer bien los Mandamientos y cuáles son los pecados que, desde el punto de vista de Dios, los contrarían. Al final de este librito tienes un guión de examen de conciencia que te puede ayudar.

Como nos puede costar reconocer los propios pecados, nos costará hacer el examen de conciencia. ¿Sería preferible no examinarse para no *ver* y tener que rectificar...? Es importante que seamos sinceros con Dios y con nosotros mismos en esta vida porque, después de la muerte, todas nuestras acciones, hasta las más ocultas, quedarán claras en la presencia de Dios delante de nuestros ojos. Y si vamos a tener que ponernos colorados en el día del juicio final, ¿por qué no ponernos colorados ahora y acudir al juicio de Dios en esta tierra que es el sacramento del Perdón de los pecados?

Si tenemos miedo de asustarnos, será bueno hacer el examen *sentados*. En su libro sobre Magallanes, Stefan Zweig cuenta que en los cinco barcos de la expedición que iba hacia América llevaban miles de pequeños espejos para intercambiar con los indígenas. Llegaron a una playa en la Patagonia y salió a su encuentro un hombre aborigen muy alto y con unos grandes pies (por eso les llamaron *patagones*), y al darle un espejo, fue mirarse a sí mismo en él y caerse de espaldas del susto. Quizá porque fuera la primera vez que se veía a sí mismo, o quizá es que fuera muy feo... Por eso, por si acaso a la hora de mirar nuestra alma tememos darnos un susto, conviene hacer el examen de conciencia *sentados*. Pero no me refiero sólo a esto; al decir que lo hagamos de esta manera me refiero a que lo hagamos detenidamente, sin prisas, sin pasar por alto *nuestros* errores.

Nuestra conciencia nos avisa sobre la moralidad de nuestros actos. Si hacemos algo mal hay algo en el fondo de nosotros que nos molesta. Lo que hemos de hacer entonces es reconocerlo y arreglarlo. Lo que no debemos hacer es acallarla con teorías (que lo hace todo el mundo, que otra vez no lo haré, que no es para tanto...), teorías que pueden llegar a oscurecer la conciencia, es decir, llegar a engañarnos.

Un señor había comprado un coche con muchos adelantos técnicos. Una voz metálica le avisaba si no tenía puesto el cinturón de seguridad, otra si se pasaba en la media del gasto de gasolina, etc. Un domingo por la tarde al volver del campo a la ciudad se le estropeó un indicador del automóvil que, una vez sentado, empezó a decirle: «Lleva mal cerrada la puerta.» Cerró bien la puerta y se disponía a arrancar cuando la misma voz repitió: «Lleva mal cerrada la puerta.» Se había estropeado ese indicador y ¿qué podía hacer en medio del campo? Aguantarse. El viaje duró tres horas y cada quince segundos escuchaba la misma cantinela: «Lleva mal cerrada la puerta.» «Ya lo sé», le contestaba airado. Al llegar al destino lo primero que hizo fue avisar a un mecánico.

Estuvo a punto de decirle que anulara definitivamente ese mecanismo, pero prefirió –ya que era útil si funcionaba bien– que arreglara el maldito indicador que todavía seguía repitiendo: «Lleva mal cerrada la puerta.»

Ante las equivocaciones que nos avisa nuestra conciencia podemos ser humildes y rectificar, que para eso tenemos la conciencia. Pero también uno puede por soberbia no querer reconocer las cosas y tratar de *romper* la conciencia para que no le avise. Es una tentación del diablo que quiere que no nos conozcamos, que no estemos en la verdad tal como la ve Dios. Pero ¿por qué tenemos miedo a ver nuestras enfermedades? ¿No queremos acaso curarnos? Si a Dios no le engañamos porque sabe con precisión lo que sucede en el fondo de nuestro corazón, ¿para qué engañarnos a nosotros mismos? Por la soberbia de no querer reconocer los propios errores uno se perjudica.

Duras son las palabras del profeta Isaías que repite el Señor: «Porque se ha endurecido el corazón de este pueblo, y se han hecho duros sus oídos, y han cerrado sus ojos, para no ver con sus ojos y no oír con sus oídos y para no entender en su corazón y convertirse, que yo los curaría» (Is 6, 9-10; Mt 13,15). Sinceridad, por tanto, con nosotros delante de Dios, y si hay algo que rectificar, rectificarlo. Dios quiere perdonarnos pero es preciso que reconozcamos nuestra culpa y que, donde voluntariamente desobedecemos, voluntariamente nos arrepintamos; que donde no hubo amor, haya *dolor de amor*.

Habla, Señor,
que tu siervo escucha

SER SINCEROS

Hacemos muchas cosas bien, pero es una realidad que a veces cometemos pecados. Sin embargo, lo peor no es que nos hayamos equivocado y hayamos contrariado lo que Dios quiere, sino que, por la soberbia que anida en nuestro corazón, pretendamos quitar importancia al mal hecho, justificándolo; diciendo: si otro lo hiciera sería horrible, pero en mi caso no es para tanto.

Uno de los personajes más famosos de la Biblia es el rey David. Dios le había escogido y le llenó de favores. Era un hombre piadoso y temeroso de Dios, pero un día, «sucedió que levantándose David de su cama después de la siesta, se puso a pasear por el terrado del palacio, y vio enfrente una mujer que se estaba bañando y era muy hermosa. Envió, pues, el rey a saber quién era aquella mujer, y le dijeron que era Betsabé, hija de Eliam, mujer de Urías, heteo. David la hizo venir a su palacio... David escribió una carta a Joab, y la envió por mano de Urías. En ella decía: Pon a Urías al frente, donde esté lo más recio del combate, y dejadlo para que sea herido y muera... Supo la mujer

de Urías que su marido había muerto y le hizo duelo. Acabados los días de luto, David la hizo venir a palacio y la tomó por esposa.»

Fue una acción horrible, pero el rey quiso vivir como si no pasara nada. Entonces «el Señor envió Natán a David, al cual dijo Natán una vez que llegó: Había dos hombres en una ciudad, el uno rico y el otro pobre. Tenía el rico ovejas y bueyes en grandísimo número; el pobre no tenía más que una ovejita que había comprado y criado... y la quería como si fuera una hija suya. Mas, habiendo llegado un huésped a casa del rico, no quiso éste tocar a sus ovejas ni a sus bueyes para dar el convite al forastero que había llegado, sino que quitó la ovejita al pobre y aderezóla para dar de comer al huésped que tenía en casa. Habiendo oído esto David, altamente indignado contra aquel hombre, dijo a Natán: Vive Dios que hombre que hizo tal es reo de muerte. Pagaré cuatro veces la oveja por haber hecho ese atentado y no haber tenido consideración. Dijo entonces Natán a David: Ese hombre eres tú... Dijo David a Natán: Pequé contra el Señor. Respondió Natán: También el Señor te ha perdonado el pecado. No morirás»(2 S 11, 12-13).

Dios nos ama mucho: nos da la vida, nos posibilita ser cristianos y nos concede tantos otros dones. Él espera que nosotros correspondamos como amigos suyos, como buenos hijos, cumpliendo sus Mandamientos. Pero en ocasiones hacemos cosas que Dios aborrece. En el fondo no querríamos ser así, pero la realidad es que en ocasiones actuamos mal.

David no reconocía su error hasta que otro –Natán– desde fuera se lo hizo ver. Cuando David estudia el caso en tercera persona se aíra, porque objetivamente el pecado es una injusticia grande. También nosotros tendemos a ver los errores ajenos y a ocultar los nuestros. Siempre encontramos una justificación para nosotros mismos.

Hoy es una ocasión para que nos miremos a nosotros mismos y examinemos nuestras obras para verlas como Dios las ve desde el Cielo. Él nos habla en el fondo de nuestra conciencia. En el fondo sabemos –o deberíamos de saber– que el pecado, que nuestros pecados en concreto, no están bien.

Reconocer, como David, que *yo he pecado*. No sólo porque al mentir, humillar a otro o robar hemos perjudicado a los demás. Sino, sobre todo, porque «he pecado contra el Cielo y contra ti» (Lc 15,21), como dijo el hijo pródigo a su padre. «Contra Ti sólo pequé», dirá David una vez que se hubo arrepentido. El pecado supone siempre y ante todo una injusticia de la criatura con el Creador; del hijo amado y redimido respecto a su Padre Dios.

Vamos a pedir luz a Dios para que ilumine hoy nuestra conciencia. Para que nos quite el corazón de piedra y nos lo cambie por un corazón de carne (Ez 11,19), sensible a luz de la palabra de Dios. Dios nos da su luz y su verdad para que veamos; se precisa, sin embargo, por nuestra parte una disposición

de humildad, de reconocer que somos nosotros los que hemos hecho eso que molesta a Dios.

Luz también para reconocer el alcance de nuestras acciones: el daño que hemos podido hacer a otros, que han sufrido por nuestra culpa o que, quizá, han pecado por causa nuestra. Reconocer que tal vez haya que reparar, devolviendo lo que quité, devolviendo la fama, o la alegría al que dejé herido.

Y no sólo ver el mal causado a los demás, el que me he causado a mí mismo y el desamor que he tenido para con Dios, sino también examinar por qué me pasan estas cosas: las ocasiones que me llevan al enfado, a la pereza, a la desobediencia, a la impureza.

David miró a la calle desde su casa. Las ventanas eran entonces como la televisión o las revistas de hoy: era el modo de enterarse de las noticias. Quizá algunas de estas cosas puede ser ocasión de pecado para ti. Sé sincero y reconoce que puede haber ciertos ambientes o ciertas personas que no te ayudan, sino todo lo contrario.

No digas que lo hacen otros, que no quieres llamar la atención, porque tú tienes una relación personal con Dios. El bien o el mal es un asunto moral, de conciencia. Dios te pide cuanta a ti de tus acciones. No te juzga según lo que hacen o lo que piensan los demás sobre ti.

Aprovecha la ocasión que te brinda hoy Dios para ser realista, objetivo. No digas que eres así, porque si actúas mal, no debes de ser así. Dios quiere perdonarnos; está deseando hacerlo. Pero necesita nuestra humildad. Él lo sabe todo, nos conoce hasta el fondo de nuestro ser y por eso no le podemos engañar, pero quiere que seamos sinceros con nosotros mismos delante de su presencia, que reconozcamos nuestros errores y le pidamos perdón.

Cuando David reconoció su pecado e hizo penitencia, Dios le perdonó y siguió otorgándole su favor. Fue el gran rey David, de quien nacería el Mesías. Cuando Dios perdona, olvida. Cuando nosotros nos arrepentimos y hacemos penitencia, Él nos perdona y volvemos a ser los de antes. Dios no nos rechaza nunca y cuantas veces le ofendamos, está dispuesto a perdonarnos. Las veces que haga falta. Y si tienes dudas, ve a hablar con un sacerdote.

Un chaval llevaba con la misma camisa tres días. Su madre notó por el olor que convenía lavarla. Y así se lo dijo esa mañana cuando el chico se levantaba de dormir. Él miró el cuello de la camisa y pensó que podía pasar un día más con ella. Se fijó un poco más en el cuello y vio que realmente estaba bastante sucia. Pero a él le gustaba esa camisa y era muy cómoda. Dudaba si dársela a su madre. Estando en éstas, su madre le dijo: «Si dudas, échala a lavar.»

Envíame, Señor, tu luz y tu verdad,
que te conozca y me conozca.

ACLARAR LA CONCIENCIA

Hay un principio claro y es que todos tenemos que actuar según nos dicta la conciencia. Nadie nos puede obligar a ir contra lo que nos dicta la conciencia –tal como uno ve las cosas ante Dios, con sinceridad–. En teoría, cualquier persona que conozca perfectamente la Ley moral y sea humilde podría captar si lo que va a hacer o ha hecho está bien o está mal. Pero la realidad es que todos los presentes tenemos pecado original, y además de no saber muy bien lo que es bueno y lo que es malo, tenemos intereses ocultos que distorsionan el juicio recto de nuestra conciencia.

Por eso muchas veces será bueno acudir al sacerdote para aclarar la conciencia. Si te fijas, el sacramento del Perdón está instituido a modo de diálogo. El sacerdote necesita escuchar los delitos para poder juzgar si son pecados o no y su gravedad, así como el arrepentimiento del penitente, y poder absolver. Pero también puede ayudar a aclarar la conciencia, puede ayudar a objetivar los problemas, es decir, a ser realista. Y esto en tres aspectos:

a) Puede ayudar a quitar los escrúpulos. A veces vemos como pecados hechos que no lo son, bien porque el contenido de lo que nos preocupa no constituya materia de pecado, bien porque no había advertencia o consentimiento, o eran deficientes. Cuántas veces las personas se atormentan por cosas que se les ocurren (contra la fe, la caridad o la castidad, por ejemplo) o por cosas que *sienten* pero no quieren ni desean (por ejemplo, movimientos corporales). Por el modo de ser de esas personas, al contrastar lo que les ha pasado con las normas morales se equivocan y creen haber cometido pecados que no han cometido realmente.

El sacerdote observa y juzga imparcialmente los hechos y la Ley de Dios, y si se le exponen los datos y las circunstancias puede ayudarte a formar un juicio recto.

b) Por el mismo motivo, al conocer los datos el sacerdote puede juzgar, por el contrario, que sí tienes que valorar como pecado algo que no considerabas como tal, o una circunstancia que te supone una ocasión de pecado. Esto puede suceder porque uno tenga escasa formación cristiana, por deformación de la conciencia, o por otros motivos.

La deformación de la conciencia es como la enfermedad de los ojos que es el daltonismo, que confunde los colores. Así, quien tiene deformada la conciencia, puede ver de color rosa lo que es realmente de color verde (pensar: «si es por amor, yo no veo que sea impureza»), o lo que es negro verlo blanco («es que como el sábado por la tarde hago deporte, después de cenar me voy

de marcha hasta las seis de la mañana, me levanto a las tres de la tarde y luego tengo que estudiar, pues no tengo tiempo para ir a Misa los domingos»).

La conciencia recta distingue el amor (que conlleva respeto, castidad, orden, querer el bien del otro) de lo que es la impureza (impulso, egoísmo, placer); la conciencia recta del cristiano sabe que es necesario dar culto a Dios, y en concreto participando en la Misa dominical, porque es ahí donde se *conecta* con Dios.

Hablar con el sacerdote nos puede ayudar a llamar a las cosas por su nombre: robo, mentira, falta de caridad, desobediencia, blasfemia, falta de respeto, egoísmo, poner en peligro la vida, pereza,... Recuerda que reconocer que uno ha pecado no es malo, lo malo es haber hecho el mal. Reconocerlo es el principio para arrancarlo del alma.

c) Y un tercer beneficio que te puede reportar hablar con un sacerdote es que te ayude a valorar la malicia del pecado y a aumentar la contrición. No basta con contrastar mis pensamientos, palabras, acciones y omisiones con la Ley de Dios y saber si son *legales* o injustas, como si se tratara de faltas de ortografía o de errores de construcción de un edificio. Se trata primero de reconocer los pecados, pero luego de pedir perdón a Dios, que es a Quien hemos ofendido.

Te interesa acudir a un sacerdote, no a cualquier persona que, al contarte tus dudas o pecados, acabe diciéndote: «Decide tú mismo; allá tú con tu conciencia», como dijeron los príncipes de Israel a Judas cuando se daba cuenta de que había hecho algo malo, o te dé un consejo con en vez de aclararte, te deje más confuso todavía.

Cuando uno sabe que dentro de él algo no va bien, que hay como una sombra de culpabilidad, un no sé qué de reproche interior, debe hacer lo que se suele hacer cuando a uno le duele un brazo: ir al médico competente. Sería absurdo que el médico, después de exponerle lo que nos pasa y las posibles circunstancias que pudieron dislocar el brazo, nos dijera: «Pues tú mismo, chico; decide tú en tu conciencia lo que creas que te pasa, pero no te agobies que es peor.» Uno le contestaría asombrado: «Ya me doy cuenta de que es incompetente, porque si acudo a usted que es médico es para que me diga qué tengo: si es un hueso roto, si es cáncer o una simple luxación. Usted dígamelo y yo ya veré si me opero o no.»

Te lo digo porque a veces no compensa abrir el alma a quien no puede ayudar, sino a un sacerdote piadoso y letrado, como diría santa Teresa de Jesús.

Señor, danos sacerdotes santos
a la medida de tu Corazón.

TRES MANERAS DE VIVIR

Importa mucho que no veamos a Dios como un ser lejano. a quien no se puede amar, que castiga; como si lo que buscara es fastidiarnos o que lo que le importa es que se cumpla su voluntad inexorablemente, aunque fuera irracional lo que pide. No, Dios no es así.

Es impresionante conocer la gran revelación de Jesucristo a los hombres: nos ha dicho que Dios es un Padre lleno de misericordia, que nos ama. Nos lo explicó con la parábola del hijo pródigo y se lo dijo expresamente a sus apóstoles: «El Padre os ama» (Jn 16,27). Dios nos demuestra su amor a cada uno de muchas maneras, pero hay tres que me llaman poderosamente la atención: nos ama dándonos la vida humana con la libertad; ante el mal uso de la libertad de los hombres nos ha amado a cada uno enviando a su Hijo a morir en la Cruz para darnos así la Vida sobrenatural; y hay una tercera manera de manifestarnos su amor: perdonándonos en el sacramento de la Misericordia cuantas veces vayamos a pedirle perdón.

Ante esta propuesta de Dios nosotros podemos responder de tres maneras diferentes: primera, amándole, demostrándole nuestro amor con nuestra obediencia y nuestras obras buenas, y si le ofendemos, pidiéndole perdón, porque pedir perdón es otro modo de amar a Dios. Una segunda manera de vivir, de responder a Dios ante su amor, es no haciendo nada malo, pero tampoco nada bueno; y hay una tercera manera, que es vivir al margen de Dios, haciendo el mal pensando que, como Dios es bueno y misericordioso, ¿cómo nos va a castigar?

Jesús nos explicó esos tres modos de comportarnos con nuestro Padre celestial a través de una parábola, y en ella nos dijo cómo responde Dios:

«Un hombre noble partió para una región lejana a recibir la dignidad real y volverse; y llamando a diez siervos suyos, les entregó diez minas y les dijo: Negociad mientras vuelvo. Sus conciudadanos le aborrecían y enviaron detrás de él una legación diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros. Sucedió que, al volver él después de haber recibido el reino, hizo llamar a aquellos siervos a quienes había entregado el dinero para saber cómo habían negociado. Se presentó el primero, diciendo: Señor, tu mina ha producido diez minas. Díjole: Muy bien, siervo bueno; porque has sido fiel en lo poco, recibirás el gobierno de diez ciudades... (Y así varios) Llegó el otro diciendo: Señor, ahí tienes tu mina, que tuve guardada en un pañuelo, pues tenía miedo de ti, que eres hombre severo, que quieres recoger lo que no pusiste y segar donde no sembraste. Díjole: Sabías que yo soy hombre severo, que tomo donde no deposité y siego donde no sembré; ¿por qué, pues, no diste mi dinero al banque-

ro, y yo, al volver, lo hubiera recibido con los intereses? Y dijo a los presentes: Quitadle a éste la mina y dádsela al que tiene diez... En cuanto a esos enemigos míos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traedlos acá y delante de mí degolladlos» (Lc 19 ,12-27).

Dios nos ha puesto en esta vida para que le amemos haciendo mucho bien y evitando el mal. Tenemos un encargo de Dios, una responsabilidad. Él espera frutos de buenas obras: que cumplamos los Mandamientos de la Ley de Dios y los de la Santa Madre Iglesia: obedecer a los padres, preocuparnos de los demás, asistir a los actos de culto, ...

Podemos tener tres actitudes ante Dios: Primera: la de los que aman y sirven al Señor; es decir, la de los que dan frutos. Segunda: la de los tibios, los que se limitan a cumplir con Dios pero no hacen nada bueno (los que guardan los dones recibidos en el pañuelo), cuando también tienen que hacer el bien, porque en esta vida no estamos sólo para no hacer nada malo. Tercera: la de los que rechazan a Dios de sus vidas, viven al margen de Dios; ellos se creen los señores o dioses de sus propias vidas y dicen a Dios que no quieren que Él reine sobre ellos.

Te recuerdo que Dios nos ha dejado en manos de nuestra libertad, y que la tenemos para hacer el bien. Nadie nos preguntó antes de nacer si querríamos que nos pusieran en la existencia, pero una vez que somos personas no tenemos más remedio que comportarnos como tales. Es decir, tenemos la obligación de conocer la voluntad de Dios y cumplirla.

Cuando se es soberbio se aborrece a Dios, porque molesta tener que obedecerle. Molesta que Cristo eche en cara nuestra mentira, nuestros pecados, y nos recuerde cuál es el sentido de nuestra libertad. Algunos dicen: «mátmosle, echémosle de nuestra vida; no queremos saber nada de Él. No queremos que este reine sobre nosotros.» ¿Lo dices tú? Así de fuerte quizás no, pero ...

El que guardó su encargo en el pañuelo se enfada porque le piden cuentas. También le molesta que Dios se meta en su vida y se la organice. Tampoco hace lo que su Señor desea. En un ejemplo semejante, Jesús le llamará «malo y perezoso» (Mt 25,26), porque no es sólo pereza, sino que hay un punto de soberbia, de malicia en su corazón, de no querer servir. De estos hablaremos más adelante al tratar de la tibieza.

Al que no da fruto se le quita lo que se le dio. A los que no quieren servir se les degüella. Son palabras fuertes, pero es Palabra de Dios.

Algunos tienden a imaginarse a Dios como una especie de abuelo que es tan bueno, tan misericordioso que pasaría por alto nuestros pecados. Pero ese Dios no existe. Dios es misericordioso, sí, pero también es justo. A la hora de la muerte estaremos en la presencia de Cristo Juez, y habrá premio y casti-

go. Dios no quiere nuestro mal: nadie nos quiere mejor que Él. Viene detrás de nosotros, al fondo de nuestra conciencia buscando nuestra humildad, nuestra sumisión amorosa a Él, nuestro arrepentimiento. No quiere castigar, porque no es vengativo, pero tiene derecho a exigirnos frutos, obras de amor porque es nuestro Padre que nos ha dado tanto. Y desea que nosotros –como Él– rechacemos el pecado.

Dios nos ama más que nadie en la tierra, es misericordioso, comprende nuestros errores y está dispuesto a perdonarlos, pero en esta parábola queda claro cómo Dios actúa con los *listillos* de este mundo: «degolladlos en mi presencia.»

TEMOR AL INFIERNO

Iban en un autobús un grupo de peregrinos desde España hacia Lourdes. Habían dejado Bielsa atrás y, después de pasar la frontera, el autobús bajaba por una fuerte pendiente. Una señora iba en el primer asiento, cerca del conductor, y en cada curva hacia la derecha, ella veía el precipicio pues el autobús casi asomaba por fuera de la carretera. Asustada preguntó al conductor:

– ¡Ay, señor conductor! ¿Qué nos sucedería si ahora se echase a perder el freno del pie?

– No tenga miedo, señora, que tengo además un freno hidráulico, contestó él sin parecer inmutarse.

– Si, ¿pero si tampoco le funcionase?

– Pues lo intentaría con el freno de mano.

– Pero, ¿adónde iríamos a parar si el freno de mano también se echase a perder?

El conductor se quedó un poco pensativo y después añadió:

– ¿Adónde iríamos? Pues depende: unos al cielo y otros al infierno.

Al infierno no se va nadie si no quiere; es decir, sólo van allí los que quieren. ¿Pero es que hay alguien que quiera ir a sufrir al infierno? Nadie quiere sufrir, pero es claro que quien prefiere el pecado admite también sus consecuencias, como el que no estudia ni se presenta a los exámenes no tiene que extrañarse de que haya suspendido el curso. «Pero si yo no quiero suspender cuando no estudio, sino pasármelo bien», puede decir el caradura que no va a clase. Pero es que hay una relación entre una cosa y otra, y las cosas son así, nos guste o no nos guste.

Dios no nos obliga a amarle, no quiere esclavos sino hijos que le amen libremente –obedeciéndole– y, con gran dolor de su Corazón, permite que haya gente que se condene eternamente, porque eso es lo que algunos quieren. Jesucristo nos lo explicó con la parábola del hijo pródigo. El hijo se marchó

de casa y ya no vivía como hijo. Su padre no le impidió que se fuera, ni tampoco fue a buscarlo, aunque sabía cuánto sufría. ¿Por qué no iba a buscarlo? Porque el chico no quería volver. Cuando quiso, volvió. ¿Por qué Dios no saca a los condenados del infierno? Porque no quieren volver, no están arrepentidos y no quieren estar con Él. Por eso, aunque los ama y conoce sus sufrimientos, deja que vivan como quieren vivir: con sus pecados y con todo lo que el pecado lleva consigo.

Cuando actuamos conforme a la voluntad de Dios (y siempre bajo el influjo de la gracia) hacemos el bien, y por eso nuestras acciones (que son nuestras) son meritorias. Pero si nos saltamos un Mandamiento, hacemos el mal. Y si se trata de materia grave, cometemos un pecado mortal. Quizá uno no desee directamente separarse de Dios, pero al cometerlo ésta es la consecuencia que se produce. «No es fácil considerar la perversión que el pecado supone y comprender todo lo que nos dice la fe. Debemos hacernos cargo, aun en lo humano, de que la magnitud de la ofensa se mide por la condición del ofendido, por su valor personal, por su dignidad social, por sus cualidades. Y el hombre ofende a Dios: la criatura reniega de su Creador» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 95).

El misterio de la libertad que elige el pecado y el misterio del infierno tienen un fondo común. Porque si el pecado supone que la criatura reniega del Creador, el infierno es la consecuencia de Dios que reniega de su criatura. No la aniquila, pero perdida la dignidad sobrenatural, la maldice. Dios se arrepintió de haber escogido al pueblo de Israel y haberle llenado de favores porque no le obedecieron y cometieron la maldad que Él abomina (cfr Ex 17, 1-7; Nm 20,23; Sal 94). De modo semejante se arrepiente de haber creado una criatura libre que disfrutase de la libertad y de la vida divina, criatura que no es nada, pero que le desobedece y trata de hacerse igual a Dios. Y Dios la maldice: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt 25,41). No es una metáfora, sino palabra de Dios.

La existencia del infierno nos ha revelado Jesucristo inequívocamente – de hecho es uno de los temas de los que más habló–, y además ha querido que algunas personas lo vieran. Una de estas personas fue santa Teresa que lo cuenta así:

«Estando un día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fue en brevísimo espacio; mas, aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidármeme (...), sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es. Los dolores corporales tan insoportables que, con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y

según dicen los médicos los mayores que se pueden acá pasar (porque fue encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y algunos, como he dicho, causados del demonio), no es nada en comparación con lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar.

»Esto no es nada, pues, nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo encarecerlo. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque aún parece que otro os acaba la vida, mas aquí es alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarecer aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar a lo que me parece, y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor (...).

»Fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme a padecerlas y a dar gracias al Señor, que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles» (*Vida*, 32, 1-5).

Hay una gran propensión hoy día en mucha gente a no hablar de la muerte ni del infierno para vivir al margen de Dios y hacer lo que le place. Pero en el fondo de nuestra alma sabemos que tiene que haber premio y castigo eternos. Por eso no debemos ser tan necios que vivamos como si no existieran, como si al cometer un pecado grave *no pasara nada*. Hemos de esforzarnos en no cometerlo nunca y, si tenemos la desgracia de hacerlo, hemos de tener la valentía de reconocerlo y arrepentirnos.

Conmueve observar en la parábola del hijo pródigo cómo aquel padre buenísimo salía todos los días a esperar a su hijo para ver si volvía. Cada día sale Dios a la espera de nuestro arrepentimiento, porque en esta vida, mientras vivimos –después no– cabe el arrepentimiento.

Recuerda que Dios no desea nuestra condenación eterna, y que depende de nosotros nuestro futuro eterno. Por eso nos dice: «Pero si el impío hiciera penitencia de todos sus pecados que ha cometido, y observare todos mis preceptos, y obrare según derecho y justicia, tendrá vida eterna y no morirá. De todas cuantas maldades haya cometido, Yo no me acordaré más: hallará la vida en la virtud que ha practicado. ¿Acaso quiero Yo la muerte del impío, dice el Señor Dios, y no más bien que se convierta de su mal proceder y viva?» (Ez 18, 21-23).

La vida no es un juego, y lo comprobamos en muchas facetas de nuestra vida: quien se gasta el dinero se queda sin él, quien desprecia a los amigos

también se queda sin ellos, quien comete un delito puede ir a la cárcel, quien juega con su vida puede acabar en un Hospital. Algunos creen que a Dios se le puede engañar, como si pudiéramos vivir como nos apetece –sin normas morales– como si la vida fuera un juego y al final Dios nos llevara a todos al cielo. Incluso puede haber quien *desconecte* de Dios los fines de semana pensando que ya se confesará; y así una semana y otra... Dios no juega con los hombres: la Pasión y Muerte de Cristo en la Cruz no fue un juego, ni tampoco es un juego ir a pedir perdón a Dios.

Tampoco hemos ver este sacramento como si fuera algo semejante a una máquina de refrescos, en la que uno echa un euro y enseguida te da la botella. No podemos dejar de ir a misa el domingo o ceder ante cualquier otra tentación pensando que, como es tan fácil confesarse, le *compensa* hacer el mal y pasar luego unos breves minutos por el confesonario. Quien piensa así, es muy posible que no tenga arrepentimiento de sus pecados. El sacramento del perdón es una maravilla, es algo muy fácil de cumplir, pero no es un juego para quedarnos tranquilos, para estar en paz con Dios; sino que se trata, sobre todo, de un asunto de amor a Dios. Mira a ver cuál es tu disposición interior cuando vas a confesarte.

Cada uno decide en el presente su futuro. No se puede pecar impunemente, porque el pecado trae consigo un castigo. Y si uno no se arrepiente en esta vida, lo que le espera es el infierno, no lo olvides.

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando;
mira que te vas a morir,
mira que no sabes cuándo.

LA TIBIEZA: FALTA DE AMOR

Vamos a hablar de los que no hacen nada malo porque no quieren ir al infierno, pero que tampoco hacen nada bueno; de aquellos que no aman a Dios sobre todas las cosas (es decir, que no cumplen el primer Mandamiento); de aquellos que viven al margen de Él y piensan que no tienen que arrepentirse de nada, diciendo: «Yo ya voy bien, no me hace falta rectificar.»

¿Qué es les sucede? Que no conocen a Dios, ni se conocen a sí mismos, y normalmente que no ven las cosas que hacen mal porque se han acostumbrado, cuando menos, a vivir en la mediocridad.

Allí donde hoy se levanta, en las minas de diamantes de Sudáfrica, la ciudad de Dutoitspan, había a mediados del siglo pasado sólo una granja particular. Su poseedor se llamaba Van Wick. El propietario se había construido penosamente con guijarros, barro y arena una casita realmente pobre. Van

Wick volvía una tarde cansado del campo, después de una fuerte tormenta, cuando... ¿qué era aquello? Van Wick no daba crédito a sus ojos. El agua había limpiado la suciedad de la casa, y aquella pobre barraca brillaba y resplandecía al sol del atardecer como si mil soles se reflejasen en ella. ¿Qué podía ser? Eran piedras preciosas de la primera gran mina de diamantes, que de este modo se descubrió.

Nuestra alma es como una valiosísima piedra que es preciso tallar, pero uno puede conformarse con seguir siendo un vulgar guijarro y no darse cuenta –que sí que se da– de que si pone esfuerzo puede convertirse en una piedra preciosa. Dios ha invertido mucho en nosotros: nos ha dado la Revelación, la Redención, se ha quedado en la Eucaristía, nos ha dejado por Madre a su Madre, nos ha transmitido el Espíritu Santo..., y nos llena de tantas gracias.

Lo que pasa es que uno en vez de mirar a Jesucristo y tratar de imitarle a Él, puede estar comparándose con los delincuentes y malhechores y concluir así: «Es verdad que tengo fallos, pero como todo el mundo; además tampoco es para tanto, porque al fin y al cabo, yo ya voy a Misa los domingos, rezo por las noches, no robo ni mato...» Palabras que recuerdan mucho a aquellas del fariseo de la parábola que subió al templo a orar y «en pie, oraba para sí de esta manera: ¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces por semana, pago el diezmo...» (Lc 18, 11-12). Jesucristo puso de manifiesto el error de ese hombre que ya se creía bueno y que, por eso, no tenía de qué arrepentirse delante de Dios. En cambio, ensalzó la actitud del publicano que «hería su pecho diciendo: ¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador!» (Lc 18, 13).

Puede ser que, por la gracia de Dios, no vayas cometiendo pecados mortales ni atrocidades, pero como no veas la necesidad de acudir a Dios y pedirle perdón por tus faltas de amor –quizá no tan pequeñas–, es que estás muy pagado de ti mismo, es que has caído en la enfermedad del alma que es la *tibieza*. Que resuenen en tus oídos las palabras que Cristo dirigidas a los fariseos: «¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”» (Mt 15,7-8). Lamentable actitud de quien cumple externamente unas normas pero olvida lo principal: el amor a Dios ya los demás.

Jesús se compadece ante la contrición de Pedro, ante las lágrimas de la pecadora Magdalena y ante el arrepentimiento de Zaqueo. Pecadores ciertamente, pero porque lo reconocieron y amaron mucho, Dios les perdonó y amó mucho. El fariseo, el tibio, en cambio, es un hombre sin amor. Y eso a Dios no le gusta. Mira a ver si algo de eso te sucede a ti, porque a esas personas Dios no las *traga*, le dan asco porque se creen autosuficientes que no necesitan nada de Dios; ni siquiera de su perdón, porque piensan que todo lo hacen bien.

Fíjate lo que dice Dios de los tibios: «¡Ojalá fueras frío o caliente; mas porque eres tibio y no eres caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca. Porque dices: Yo soy rico, me he enriquecido, y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo; te aconsejo que me compres oro acrisolado por el fuego, para que te enriquezcas, y vestiduras blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y colirio para ungir tus ojos a fin de que veas. Yo reprendo y corrijo a cuantos amo; ten, pues, celo y arrepiéntete» (Ap 3, 16-19).

Palabras ciertamente fuertes: ojalá fueras frío, es decir, ojalá fueras malo, porque el que obra mal puede arrepentirse, pero el tibio no, por su soberbia. Si no ves en qué tienes que mejorar (tantas faltas de omisión), si no ves que eres de barro (porque realmente tienes que confesarte de pecados cometidos), pídele al Señor que te dé luz para ver y el fuego del amor, de la compunción. ¿No es verdad que quizá necesites un buen lavado como la casa que luego relucía como el diamante? Cambia de actitud y vislumbrarás lo que podrías ser si quisieras mejorar. Valora todo lo que Dios te ha dado –dones del alma y dones del cuerpo–, valora tantas horas que Jesús se pasó predicando para que tú aprendieras su doctrina y supieras hacer oración, contempla la Pasión del Señor...

Porque, ¿qué haces ahora? ¿Decir que vas *tirando*? Ese *ir tirando* es tirar por la ventana, echar a perder todo lo que Dios ha dispuesto en ti y para ti con tanta ilusión para que fueras santo. Dios espera frutos de nosotros en esta vida, «¿Qué debía hacer yo por mi viña que no haya hecho? –se lamenta el Señor–. ¿Cómo esperando que diese uvas, dio agrazones? Os diré lo que voy a hacer con mi viña: le quitaré su cerca y será talada; derribaré su tapia y será hollada. Y dejaré que se convierta en un erial; no será podada ni cavada, y crecerán en ella zarzas y espinas, y mandaré a las nubes que no lluevan gota sobre ella» (Is 5, 4-6).

¿Sabes lo que son los agrazones? Uvas igual de grandes que las buenas, pero sin azúcar, amargas. Dios espera de nosotros obras con esa dulzura del amor, no frutos de mero *cumplimento*, no ir pasando la vida sin pena ni gloria. Examínate más a fondo. ¿No ves la necesidad de hacer oración y penitencia, de frecuentar los Sacramentos? ¿Pones interés en conocer mejor la doctrina de Jesucristo y en formar tu conciencia? ¿No podrías estar más pendiente de tus amigos, ser más trabajador, más obediente, tener más presencia de Dios, recoger más tus sentidos...? ¿Qué es lo que espera Dios de ti? De ti, no de otros. No te compares con los demás. Examínate porque Dios te pedirá cuentas a ti de todo lo que ha invertido en ti, de tus talentos, «y a quien mucho se le ha dado, mucho se le pedirá» (Lc 12,48).

Arráncame, Señor, el corazón de piedra

y dame un corazón de carne
sensible a las muestras de tu Amor.

DESCUBRIR EL AMOR DE DIOS

Te decía antes que, después del pecado original, los hombres no podíamos hacer nada para volver a vivir la vida sobrenatural si Dios mismo no se hubiese apiadado y no nos hubiera redimido. «El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por Él. En eso está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 9-10), Redimir es comprar la libertad de una persona que está presa mediante el pago de un dinero.

A Jesucristo le costó liberarnos del pecado toda su Sangre, ofrecida en sacrificio a Dios Padre. Por eso dice San Pablo: «Habéis sido comprados a gran precio» (1 Cor 6, 20). Él es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo por su Pasión y Muerte en la Cruz. San Pedro nos dice que «Cristo padeció por vosotros y os dejó un ejemplo para que sigáis sus pasos. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; ultrajado, no replicaba con injurias y atormentado no profería amenazas, al contrario, se ponía en manos del que juzga con justicia. Cargado con nuestros pecados subió al madero, para que, muertos al pecado, viviésemos para la justicia, y por sus heridas habéis sido curados (1 P 2, 21-24). Por nuestros pecados, por mis pecados.

Hemos de quitar la costra de superficialidad de nuestro corazón y descubrir el amor que Dios nos tiene; valorar el pecado como lo valora Dios, cuyo precio fue tan grande. Medita despacio la Pasión del Señor para descubrir su amor por cada uno, su amor por ti (Tomado de J.M. Ibáñez Langlois, *Libro de la Pasión*).

Agonía en el huerto

Se ha despojado cuidadosamente de su divinidad y luego, no menos prolijamente, de su humanidad. Lo que queda es una especie de gusano leproso, lo que queda al desnudo es Jesús el miserable, que cae de rodillas sobre la tierra. Está triste y angustiado hasta la muerte por el pecado; sus rodillas no sostienen ya tanta lepra. Jesús se postra entero sobre la tierra. ¡Padre, si puede ser, que pase de mí este cáliz! Está orando bajo el peso inconmensurable de toda la historia, lo aplasta contra el polvo el peso de su depravación.

Flagelación

Los látigos ya se tiñen del color simbólico de la realeza. El reo se contorsiona a semejanza de los animales varios; la imagen más propia y bíblica es la del gusano, aunque sus gemidos pueden compararse con los del cordero. Cuando están agotadas las fuerzas físicas de los flageladores viene la pareja de relevo: energías nuevas, ánimo de emulación. Varas nuevas con puntas de hierro vírgenes. El cuerpo se ha cubierto de manchas de diversas tonalidades, entre las cuales cabe destacar las azuladas, las simplemente rojas, las casi negras con borde blancuzco... La sangre salta aproximadamente a un metro y medio del cordero-gusano. Hay un *crescendo* del griterío: ¡mátalo!, ¡bórralo de la tierra! La segunda pareja entrega fatigada su turno a la tercera que, no teniendo blanco donde golpear, invierte al flagelado de posición. Jesús está de cara a los verdugos (si puede llamarse cara). La vista de los espacios blancos los enardece. Cuando ya es todo rojo, azul o negro con tonos de transición, el gusano-cordero es desatado de la columna y cae en el charco de su propia sangre sin conocimiento. Durante los tres ciclos hay ángeles llorando en torno a Jesús.

Coronación de espinas

Los soldados más imaginativos se dirigen a un montón de leña para los infiernos. ¡Esperen que fabriquemos la corona de nuestro rey! Espinas hacia adentro por favor... Las espinas son de *azufaito rhamnus*, spina Christi, una especie expulsada del paraíso detrás de Adán, largas como una mano gruesa, como un garrote Y le asestan el casco de púas en la cabeza. Ahora el cetro: una caña silbante en la mano. Entonces la ceremonia de la coronación... ¡Ah las viejas alegres costumbres de los legionarios, las viriles tradiciones de los hijos de Marte! ¡Ah la regia profundidad de los carnavales...!

Camino del Calvario

El hombre que lleva el peso de toda la historia está en malas, muy malas condiciones históricas. Escasamente puede arrastrar el peso de su propio espíritu. Insomne, desangrado, consumido, deshidratado. Su cuerpo es un desierto, un espejismo andante camino arriba. La visibilidad del camino es pésima, sus ojos están velados por la sangre y los escupitajos. Su brazo derecho abraza amorosamente la cruz al hombro, como un reflejo condicionado del Redentor del mundo; última enamorada fuerza que brota de su espejismo. Su mano izquierda, como una vieja dama por la escalera, levanta la vestidura con la que sus pies tropiezan. Sus caídas son patéticas, ridículas, humillantes. La escolta

le enseña clavos, martillos, sogas a carcajadas, ¡En lo alto será la fiesta, verás cómo te exaltamos! ¡Dicen que hay una linda vista desde la Cruz de Cristo...! Los labios de Cristo rezan por todos sus crucificadores...

Muerte en la Cruz

¡Padre, perdónalos porque no saben que son Jesús...! ¡Oh Padre, Padre mío! Los salmos lloran a dos voces con el martillo. ¡Lo están crucificando con los instrumentos de su profesión! Por las manos, por los pies... Su mente no hace sino estallar; cada golpe la esparce roja al oscuro cielo de mediodía. Ya está cosido al madero, ya las sogas lo exaltan mientras la cruz en el aire se acerca a su vertical. Jesús, última mirada. Por sus ojos en cruz, por sus bellos ojos sacerdotales se nos viene la eternidad a velocidades incomprensibles. Sus ojos, por fin, se cierran, y a Dios de pronto se le aparece... Dios.

ME AMÓ Y SE ENTREGÓ POR MÍ

El profeta Isaías tuvo una visión anticipada de lo que harían con Cristo. Quedaría destrozado en su Pasión y Muerte de Cruz. ¿La causa? Nuestros pecados.

«Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él, porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano... Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como varón de dolores, acostumbrado al sufrimiento, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado. El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron» (Is 52, 13-53).

Nada más morir en la Cruz la gente decía: «Verdaderamente éste era hijo de Dios.» Aquel que estaba colgado en la Cruz, entre la justicia de Dios y la de los hombres, era un hombre sangrante, dolorido, extenuado, sediento, con dolor en la cabeza y en todo su cuerpo. Despreciado por sus enemigos y abandonado de sus amigos. Y era Dios. ¿Por qué actuó Dios así?

He de mirar a Cristo clavado en la Cruz, porque se entregó a la muerte por mí. De alguna manera quien tenía que haber padecido la pasión por los

pecados era yo, y Jesús estuvo en mi lugar. ¿Qué será el pecado para que Dios haya hecho eso para repararlo? Cuánto me debe de amar Dios a mi.

Desde la Cruz nos mira, nos llama. «El que quiera seguirme niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16,24). He de negarme a mis caprichos, a mis malas inclinaciones que tienden a adueñarse de mí: soberbia, lujuria, avaricia, envidia, ira, gula y pereza. En una palabra, he de decir «no» a todo lo que me separa de Dios, para decirle a Él que «sí».

Tomar la cruz supone sacrificio, mortificación, también para reparar por mis pecados. Y seguir a Cristo con la misma actitud de obediencia y de amor al Padre que Él tenía en la Cruz. Porque Cristo nos redimió sobre todo por su obediencia y su amor. El sacrificio, el sufrimiento, la muerte... de poco sirven sin esa disposición de humildad, de compunción y de amor. Los sacrificios y los holocaustos Dios no los acepta si no tenemos un corazón quebrantado y humillado (Sl 51,19).

Esto es lo que nos pide el Señor: un verdadero horror al pecado, único verdadero mal del hombre porque le aparta de su fin que es Dios. ¿Cuál es el motivo por el que no quieres cometerlo?, ¿el miedo al infierno? No; el temor no puede ser el motivo de nuestras acciones. Ha de ser el amor. «Por ser Vos quien sois, Bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas me pesa de haberos ofendido.» Porque me has amado tanto, tanto que has muerto por mí.

Y del amor nace el santo temor de Dios; el temor a ofender a ese Dios que no quiere sino el bien nuestro.

Mira el Crucifijo, a Cristo clavado en la Cruz. A pesar de nuestros pecados, de nuestra ingratitud, Él nos sigue amando y nos espera... con los pies clavados, ¿cómo se va a marchar?

Te espera en la persona del sacerdote para perdonarte. Su amor le ha llevado a seguir con los brazos abiertos, como en la Cruz, para acogerte cuantas veces vayas al Sacramento de la Reconciliación. No tengas miedo a acercarte a Él, que es todo amor. No tengas vergüenza de que te vean ir a confesarte como les dio vergüenza a algunos discípulos acercarse al Calvario.

El te espera. Y tú, ¿a qué esperas? Dile:

No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido.
Muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

* * *

– ¿Qué crimen tan atroz ha cometido este hombre, que ha tenido que pagarlo con una muerte tan horrorosa? –pregunto un mahometano a un sacerdote al ver sobre su mesa un crucifijo.

– No cometió ningún crimen –respondió éste–; era completamente inocente.

– Pues, ¿quién lo clavó en este madero?

– Fui yo quien lo hizo –exclamó con tristeza el sacerdote.

– Ahora comprendo –añadió lleno de compasión el mahometano–, ahora comprendo por qué tienes siempre a tu lado la imagen del Crucificado y por qué lloras.

No debemos quedarnos insensibles ante la Pasión y Muerte de Jesús en la Cruz porque es la obra de misericordia de Dios con los hombres, y si el hombre se aleja de la misericordia divina, ¿adónde acudirá para salvarse? No podemos ser tan frívolos, tan superficiales que desconozcamos que Dios ha venido a esta tierra a redimirnos. Hemos de valorar el pecado, que no es solamente un rechazo del Creador, sino un desprecio del Redentor.

En las guerras de Flandes fueron ahorcados un día varios soldados ladrones. Sus cuerpos colgaban de las ignominiosas horcas entre los árboles de un bosque. Un caballero guiaba su caballo por aquellos lugares y se detuvo un momento a contemplar aquel espectáculo macabro. De pronto observó que uno de los ahorcados se movía. Se dirigió a él, cortó la cuerda y le tendió en tierra. El soldado vivía aún; el caballero le cuidó y le ayudó a volver a la vida. Cuando lo vio en disposición de caminar le montó a la grupa de su caballo con la intención de llevarle a su casa. Así marchaban, y de pronto al soldado se le ocurrió que su libertador podía llevar dinero consigo. Con cuidado fue sacando la espada del caballero y, cuando la tuvo en mano, se la clavó en la espalda. El caballero cayó al suelo y allí el ladrón le remató, le robó cuanto tenía y, montando en el caballo, huyó por el bosque.

Ése es precisamente nuestro comportamiento con Cristo al cometer un pecado. Cuando estábamos muertos por el pecado nos dio la vida, nos libró del castigo eterno. ¿Y cómo se lo pagamos? Volviendo a usar contra Él el arma de la libertad que puso en nuestras manos. El pecado supone volver a cru-

cificar al Señor, es preferir a Barrabás –ese placer, ese orgullo...– en vez de Cristo.

Una vez que nos ha redimido, el Señor espera que le amemos con obras: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (Jn 14,15), nos dice. Y si no, no le amamos. Por eso es preciso esforzarse por cumplir su voluntad siempre, aunque cueste, aunque haya que llegar al heroísmo. Todo antes que cometer un solo pecado. Esto es demostrar que le amamos.

Y amar a Dios supone también tener que decirle muchas veces: *lo siento*. Así se comportan en la tierra los que se quieren, porque se pueden equivocar. Así habremos de conducirnos nosotros con Dios, ¡tantas veces! Recuerda cómo el pueblo de Israel se levantó en el desierto contra Dios, y Dios le castigó enviándoles serpientes venenosas que mataron a muchos. Arrepentidos de sus pecados, el Señor se apiadó de ellos y mandó a Moisés que erigiera una serpiente de bronce para que, todo aquel que hubiese sido mordido por una serpiente y mirase esa imagen, quedase curado. Pues, nos dice Jesús, «a la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que creyere en Él tenga la vida eterna» (Jn 3, 14-15).

Mirar una y otra vez *al que atravesaron*, a Cristo en la Cruz, para que se nos conmueva el corazón por el amor. Mirarle y sentirnos mirados por Él.

Miradme, ¡oh, mi amado y buen Jesús!,
postrado en vuestra presencia;
os ruego con el mayor fervor
imprimáis en mi corazón
vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad,
verdadero dolor de mis pecados
y propósito de jamás ofenderos,
mientras que yo, con el mayor afecto y compasión,
voy considerando vuestras cinco llagas,
teniendo presente lo que dijo de Vos el santo profeta David:
Han taladrado mis manos y mis pies
y se pueden contar todos mis huesos.

DOLOR DE AMOR

No te importe ponerte delante de Cristo crucificado, de ese Crucifijo recuerdo del precio de tu rescate, testimonio siempre actual del amor de Dios por ti. Ponerte delante de Él y llora. «¿Lloras? –No te dé vergüenza. Llorar: que sí, que los hombres también lloran, como tú, en la soledad y ante Dios. –Por la

noche, dice el Rey David, regaré con mis lágrimas mi lecho. Con esas lágrimas, ardientes y viriles, puedes purificar tu pasado y sobrenaturalizar tu vida actual» (*Camino* n. 216)

Ya sabemos que David, por descuidar la vista, cayó en la impureza y mandó matar a su mejor general para casarse con su mujer; conminado por el profeta Natán le pidió perdón a Dios y compuso aquel famoso salmo 51, el salmo *Miserere*:

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión, borra mi culpa;
lava del todo mi maldad, límpiame de mi pecado.
Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado;
contra ti, contra ti sólo pequé;
hice lo que tú detestas.
En la sentencia tienes razón,
eres justo en tu juicio.
Mira que en culpa nací,
y que en pecado me concibió mi madre,
pero tú amas la verdad en lo íntimo del ser,
y en mi interior me enseñas sabiduría.
Rocíame con el hisopo y quedaré limpio;
lávame y quedaré más blanco que la nieve.
Hazme sentir el gozo y la alegría,
y exultarán los huesos quebrantados.
Aparta tu vista de mis pecados,
y borra todas mis culpas.
Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes de tu presencia
no retires de mí tu santo espíritu...
El sacrificio que Dios quiere es un espíritu contrito:
un corazón contrito y humillado, oh Dios,
tú no lo desprecias.

Lloró David y lloró también Pedro, ese Apóstol tan amado de Jesús, que le falló en el momento duro, que le negó tres veces..., pero que cruzó su mirada con la de Cristo –¡mirada de Dios redentor!– «y saliendo afuera, lloró amargamente» (Lc 22,62). Y lloró María Magdalena, rompiendo con su vida pasada, cristalizada en aquel frasco de perfume, lleno de la vacía ilusión de su vida, lograda de mala manera... Dicen que rectificar es de sabios; y pedir perdón de

enamorados. Arrepentirse y pedir perdón no desdice de nadie, sino todo lo contrario. «Dolor de Amor. –Porque Él es bueno. Porque es tu Amigo, que dio por ti su Vida. –Porque todo lo bueno que tienes es suyo. Porque le has ofendido tanto... Porque te ha amado... ¡Él... ¡¡a ti!! Lloro, hijo mío, de dolor de Amor» (*Camino*, n. 436).

Señor, Tú lo sabes todo,
Tú sabes que te amo.

¿POR QUÉ LLORAS?

«Cierta fariseo lo invitó a que comiese con él. Fue a la casa del fariseo y se puso a la mesa. Mas he aquí que una mujer, que era conocida públicamente como pecadora en la ciudad, se enteró de que estaba comiendo en la casa del fariseo. Llevó un frasco de alabastro con unguento, y poniéndose detrás, junto a sus pies, empezó a llorar y a mojar con sus lágrimas los pies de él. Con los cabellos de su cabeza los secaba. También besaba y ungía con el unguento los pies. Al ver esto el fariseo que lo había invitado, dijo en su interior: Si éste fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es esta que le toca: una pecadora. Jesús respondió y le dijo: Simón, tengo una cosa que decirte... Están perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho. Pero al que se perdona poco, ama poco. Después le dijo a ella: Están perdonados tus pecados. Comenzaron los comensales a decirse: ¿Quiénes éste, que hasta perdona los pecados? Mas él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; vete en paz» (Lc 7, 36-50).

Aquella mujer acudió a Jesús porque sabía que Cristo perdonaba los pecados. Y se puso a llorar. Reconocía su error humano, su situación lamentable, porque todo pecado también causa un mal en el orden humano. Pero sobre todo reconocía el mal que había hecho cara a Dios.

Ella había nacido para algo más que para arrastrarse por la vida y ser despreciada. Humanamente se había equivocado, había perdido su dignidad humana. Pero había otro orden: había perdido su dignidad sobrenatural, porque ella había nacido para algo mucho más alto, para vivir una vida sobrenatural e ir al Cielo. Y eso lo estropea el pecado.

Conviene que distingamos esos dos órdenes. Porque a veces podemos sentirnos heridos, humillados y llorar por dentro por la rabia que da habernos equivocado y estar ahora sufriendo en un Hospital, por la vergüenza o la humillación que produce psicológicamente el pecado, o por la pena de haber hecho daño a otro. Pero hemos de ir más al fondo, a la causa de todos esos males humanos: el pecado.

En este sentido, el sufrimiento nos puede hacer mucho bien. El dolor físico o el dolor moral pueden provocar dentro de nosotros algo muy importante, y es hacernos recapacitar y volver nuestros ojos hacia el Señor. Para no quedarnos en la queja amarga, en las lágrimas producidas por el orgullo herido o la pena.

Si algo de esto te sucede, mira al Señor. De todo se sirve Él para que vivas vida sobrenatural. Es posible que en estos momentos no tengas ningún sufrimiento y pienses que vas bien. Y creer que, como la vida te sonrío, no necesitas pedir perdón a Dios de nada. E incluso te permitas juzgar a los demás como pecadores. Que seas un poco fariseo porque estás pagado de ti mismo y pienses: ¿De qué tengo que pedirle yo perdón?

Jesús le dice al fariseo: «Simón, tengo una cosa que decirte.» Hoy te lo dice a ti también: Tengo algo que decirte: que mires al fondo de tu corazón y veas el amor que tienes o que te falta.

Es importante que no pierdas el sentido sobrenatural de tu vida. Porque no se trata de si estás contento contigo mismo, sino si Dios está contento de ti. Mira a ver si amas a Dios sobre todas las cosas con obras. Porque a lo mejor no sientes la necesidad de pedirle perdón porque no hay nada que te humilla, sencillamente porque no examinas tu conciencia.

Date cuenta de que ante Dios todos somos deudores y siempre podríamos amarle más. ¿Cuánto amas tú a Dios? Entonces, cuando se ama a Dios, se descubre la necesidad de pedirle perdón, de tener dolor de amor.

¿Por qué los santos y las santas se veían ante Dios como grandes pecadores y lloraron sus errores? Porque estaban muy cerca de Dios y le amaban mucho. ¿Por qué, entonces, tú no sientes esa necesidad?

Tenemos la oportunidad de acudir al Sacramento del Perdón, de la alegría. Pero hemos de analizar las disposiciones interiores, porque no basta con decir –o leer– una lista de pecados. Es necesario de alguna manera *llorar los pecados*.

El Señor nos quiere muy felices en esta tierra. Pero a la vez dijo: «Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados» (Mt 5,4). Él acogió las lágrimas de aquella mujer, como aceptó las de Pedro cuando lloró después de negarle tres veces; y transforma las lágrimas en alegría y en agua que sirve para ablandar y hacer el corazón sensible para el futuro.

Hay un texto de un santo que vivió en el siglo IV que es ilustrativo: «Todos los justos y santos han agradado a Dios por medio del llanto y la contrición; se han reconciliado con Él vertiendo lágrimas copiosas. El alma muerta por el pecado tiene necesidad del dolor, de los gemidos, de las lágrimas. Tienes que llorar por ella más que una madre a quien la muerte ha llevado un hijo a la tumba... Cuando el alma muere a causa de sus pecados y se separa de Dios,

es Dios mismo quien se aflige por ella, por esa imagen suya que le ha sido arrebatada. Lloro, pues, y gime por tu alma; ¡mira que Dios mismo se apena por ti, como una madre por su hijo único!

»Quien se ríe a la vista de un difunto, decimos que de esta forma está demostrando su odio por la familia del muerto; pero si le inunda el dolor y la aflicción, entonces sus lágrimas manifiestan un gran amor. Por eso, quien se alegra de estar muerto por el pecado, aborrece a Dios, que por él experimenta tristeza y pesadumbre... ¡Lloro, pues, por causa de tu alma, oh pecador! Vierte sobre ella ríos de lágrimas y así la devolverás a la vida! Mira que tus ojos pueden revivirla, que a tu corazón le ha sido concedido poder resucitarla... El Misericordioso espera que tú derrames lágrimas para poder purificar tu alma y restaurar la imagen divina que había sido desfigurada» (San Efrén, *Los pecadores serán arrebatados*).

Desde lo hondo de tu corazón pídele perdón a Dios ahora con el salmista (Salmo 130) y, como él, ten la esperanza de ser liberado de tus pecados:

Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.
Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto.
Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor
más que el centinela la aurora.
Aguarda Israel al Señor
como el centinela la aurora;
porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa,
y él redimirá a Israel de todos sus delitos.

DIOS ME PERDONA

Cuenta la Biblia que había un general del ejército de Siria llamado Naamán, hombre bueno, que padecía la enfermedad de la lepra. Le aconsejaron que fuera a ver a Eliseo, profeta de Israel, y a él acudió. Antes de llegar a casa de Eliseo recibió recado de éste de que se levantara siete veces en el río Jordán

porque así se curaría. Pero Naamán se indignó y se volvía a casa diciendo: «Yo pensaba que él habría salido a recibirme y que, puesto en pie, invocaría el nombre de su Dios, y tocaría con su mano el lugar de la lepra y me curaría. Pues qué, ¿no son mejores el Abana y el Farfar, ríos de Damasco, que todas las aguas de Israel, para lavarme en ellos y limpiarme? Como volviese, pues, las espaldas y se retirase enojado, sus criados se acercaron a él y le dijeron: Padre, aun cuando el profeta te hubiese ordenado una cosa dificultosa, claro está que debieras hacerla; ¿pues cuánto más ahora que te ha dicho: lávate, y quedarás limpio? Fue, pues, y se lavó siete veces en el Jordán, conforme a la orden del varón de Dios, y se volvió su carne como la carne de un niño pequeño, y quedó limpio» (2 R 5, 11-15).

Una vez que uno reconoce la *lepra* de sus pecados y está arrepentido delante de Dios, lo que ha de hacer es lo que Dios nos dice: acudir al sacramento de la Penitencia. Es un medio muy sencillo, instituido por el mismo Señor; muy sencillo, pero necesario. Se nos puede ocurrir algo semejante a lo que se ocurría a Naamán: ¿Porqué tengo que ir al sacerdote, decirle mis pecados, recibir la absolución y cumplir la penitencia que me imponga? Yo preferiría pedir perdón a Dios a mi manera; incluso estoy dispuesto a exteriorizar mis pecados a alguien de mi confianza, pero ¿por qué he de hacerlo al sacerdote? Debemos escuchar, entonces, el consejo que le dieron a Naamán: Si te hubieran mandado hacer algo costoso para demostrar que estabas arrepentido, ¿no lo habrías hecho? ¿Y no estás dispuesto a acudir a este sacramento que es tan sencillo de cumplir? ¿O es que acaso preferirías pedirle perdón a Dios tu manera porque realmente no tienes contrición?

Es claro que tener que ponerse de rodillas y tener que decir los pecados es algo que cuesta, porque la soberbia la tenemos enraizada en lo más profundo de nuestro ser. Pero precisamente Dios ha establecido un medio que nos lleva directamente a la humildad: nunca está el hombre tan alto a los ojos Dios como cuando está de rodillas ante el confesor. Dios nos conoce muy bien y sabe perfectamente lo que viene mejor a nuestra alma. Nadie se ha *traumado* o se ha *acomplejado* por confesarse. Por no confesarse sí.

Si queremos pedir perdón a Dios hemos de acudir al medio que Él nos indica, y que ha dejado a la Iglesia. Quienes cometen un pecado después de recibir el Bautismo han de acudir al sacramento de la Penitencia. Y el Santo Padre nos aclara: «La palabra evangélica esclarece este ser enviada de la Iglesia a través de sus Apóstoles por parte de Cristo para la remisión de los pecados. “Como me envió mi Padre –afirma el Señor resucitado–, así os envío yo”. Y después de decir esto, soplando sobre ellos, añadió: “Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos”. Así pues, detrás –o dentro– de la realidad

humana del sacerdote se oculta y actúa el mismo Señor que “tiene el poder de perdonar los pecados” y que con esta finalidad mereció y envió su Espíritu después del sacrificio del Calvario y de la victoria de la Pascua» (Juan Pablo II, Alocución, 28-11-1984).

El sacerdote es una persona humana puesta por Dios para otorgar el perdón divino. Por el sacramento del Orden ha recibido un poder, y la Iglesia le *envía*, le da la facultad (jurisdicción) de ejercerlo válidamente. «Cuando alza la mano que bendice y pronuncia las palabras de la absolución actúa *in persona Christi*: no sólo como representante, sino también y, sobre todo, como instrumento humano en el que *está presente*, de modo arcano y real, y *actúa* el Señor Jesús» (Juan Pablo II, Alocución, 22-11-1984). Es el mismo Cristo, a través de la persona del sacerdote, quien nos dice: «Yo te absuelvo.»

Puede costar acudir al sacerdote. A ninguno nos gusta comparecer ante un juez humano porque es un asunto *muy serio*, porque uno teme que le impongan una pena –sobre todo si es culpable realmente–, o simplemente porque ir a juicio supone perder mucho tiempo. Pero el juicio que Dios ha establecido no es un juicio humano, sino divino. El diablo procurará disuadirnos con falaces mentiras: que vamos a perder mucho tiempo (lo cual no es verdad), que lo que me pasa a mí no le pasa a nadie (tampoco es verdad), que el sacerdote me conoce y bajará su estima por mí (mentira igualmente), que me van a castigar...

Jesucristo estableció el sacramento del perdón a modo de juicio y quiere oír, en la persona de sus ministros, los delitos. Pero es un Juez de Misericordia que no condena a quien confiesa contrito su culpa, sino que le perdona. Es preciso, sin embargo, hacer ese acto de humildad, confesarse pecador como Zaqueo, como Pedro, como la Magdalena. Él quiere perdonarnos, pero es preciso dejarnos perdonar.

Dado el primer paso de acercarnos al sacerdote, el diablo puede volver a tentar, porque le duele en lo más profundo que alguien se convierta y viva. Volverá a la carga dándonos vergüenza para no ser sinceros en la confesión. Pues bien, es la hora de no engañarnos a nosotros mismos, porque a Dios no le engañamos nunca. Si el mal que anida en nuestro corazón no lo sacamos fuera y lo escucha el sacerdote, nos cerramos a nosotros mismos la posibilidad del perdón.

De manera gráfica explicaba un misionero a unos niños lo que sucede cuando uno se calla un pecado mortal. Les hablaba de una persona que se acercó al confesonario, se arrodilló y empezó a manifestar sus culpas. De la boca del penitente iban saliendo unos pequeños sapos, que saltaban y marchaban como en procesión hacia la puerta del templo. Pero hubo un momento en que un sapo enorme asomó a la boca del penitente. Mostraba la cabeza,

pero enseguida volvía a introducirse. Y así una y otra vez. Los chiquillos reían porque el misionero imitaba con mucha gracia las apariciones y desapariciones del gran sapo. Por fin no salió. Y en cuanto se pronunciaron las palabras de la absolución, todos los pequeños sapos regresaron de fuera de la iglesia y volvieron a entrar en el interior del penitente. Y lo que es peor: detrás de los sapillos venía un inmenso culebrón, que también acabó en el cuerpo de aquel hombre.

No fue difícil explicar el sentido del ejemplo, así como identificar a cada uno de los animales que habían aparecido. Los sapillos eran pecados veniales. El sapazo, un pecado mortal que no acabó de manifestarse. El culebrón, un sacrilegio debido a la confesión mal hecha. Quedaba claro que el penitente se marchaba peor de lo que estaba antes de acercarse al Sacramento (cfr R. J. de Muñada, *Verdad y vida*).

Sinceridad que nos ha de llevar a confesar todos y cada uno de los pecados mortales que hayamos cometido desde la última confesión bien hecha. El Papa nos insiste en esto. «Insisto en la acusación *personal* –como insistiré en la absolución personal de las culpas–, ya que, para la doctrina católica, la confesión individual sigue siendo el único modo *ordinario* de la Penitencia sacramental. Es conocida la enseñanza de la Iglesia a este respecto. La absolución exige, sobre todo cuando se trata de pecados mortales, que el sacerdote comprenda claramente y valore la *calidad* y el *número* de los pecados y también si se da *un arrepentimiento sincero*» (Juan Pablo II, *Audiencia*, 21-III-1984).

¡Qué seguridad entonces, cuando uno escucha las palabras del sacerdote: *Yo te absuelvo!* Absolver significa *soltar*; desatar, romper las cadenas del pecado. Qué seguridad, porque cuando Dios perdona, olvida. Sin ese gesto externo, sin esas palabras pronunciadas por el sacerdote y sin la Cruz trazada por su mano, nunca sabríamos si estamos realmente perdonados, como no lo saben los protestantes. Ellos piensan que basta tener fe en Dios y que Él no mira nuestros pecados; porque la fe ya nos salva. ¿Pero cómo saber que le hemos *caído en gracia* a Dios? Los católicos tenemos la seguridad: la justificación no es que Dios no mire nuestros pecados aunque sigamos con ellos, sino que nos los arranca. El Cordero de Dios que *quita* los pecados del mundo nos quita el pecado, nos hace buenos a través de la gracia que se nos da en los sacramentos, en concreto en este sacramento del perdón.

Por eso, ¡qué error pensar que basta con que uno se confiese a solas con Dios y que no hace falta ir al sacramento de la Penitencia! Porque el diablo es muy listo y quiere alejarnos de los sacramentos. Luego se encarga de tenarnos, sobre todo a la hora de la muerte, con la desesperación, con la sutil

pregunta: si tú no te confesaste, ¿cómo sabes realmente que Dios te perdonó?
Hacerle el juego al diablo es muy peligroso...

Jesús, Hijo de Dios,
apiádate de mí, que soy pecador.

RESURRECCIÓN ESPIRITUAL

San Ambrosio, que fue obispo de Milán, escribió en el año 388 una página preciosa sobre la resurrección de Lázaro. En ella comentaba el deseo de Jesús de resucitar a sus amigos muertos por el pecado, y de la necesidad de acudir al sacerdote. Algunas de las cosas que dice ya las hemos dicho aquí, lógicamente, porque es la doctrina cristiana, pero es gozoso comprobar que hace tantos siglos los cristianos enseñaban y vivían lo mismo que nosotros: ¡somos tan parecidos, nos suceden y se nos ocurren las mismas cosas, que tenemos los mismos remedios!

En primer lugar, era una realidad que Lázaro había muerto, y fueron a decirselo a Jesús sus hermanas. También nosotros hemos de ir al Señor y reconocer nuestros errores, que, si son pecados graves, matan la vida espiritual: «¿Por qué temes confesar tus culpas ante tan buen Señor? Él te asegura: *Confiesa tus iniquidades, para que seas santificado* (Is 43,26). ¡Se ofrece el premio de la justificación al culpable! Será justificado el que espontáneamente reconozca su crimen. *Ha de considerarse santo quien primero se acusa* (Pr 18,17). El Señor conoce todo, pero ansía que le hables; no para castigar, sino para perdonar. No quiere que el diablo te ponga en evidencia, echándote en cara que has ocultado tus culpas. ¡Toma la delantera a tu acusador! Si te denuncias a ti mismo, no deberás temer a ningún delator. Si a ti mismo te acusas, aunque estés muerto resucitarás.»

Pero el Señor viene en nuestro auxilio, porque aunque nos hayamos separado de Él voluntariamente, quiere seguir siendo nuestro amigo y darnos lo mejor. Sin embargo, para ir a Dios hay que ir al sacerdote, que será el medio por el que se obrará el milagro de la resurrección espiritual:

«Cristo vendrá a tu sepulcro (como al de Lázaro), y ordenará que se aparte la piedra, el peso que el caído se había cargado sobre la espalda. Pudo haberla removido con una sola palabra, porque cuando Cristo manda, hasta la naturaleza insensible obedece. Hubiera podido desplazar la losa del sepulcro con la silenciosa fuerza del milagro, pero quiso que fueran los hombres quienes la quitaran para que comprendiéramos que la gracia de Cristo nos libera del peso de los pecados, de esas piedras que llevan los convictos. Nuestra misión es quitar los pesos; la de Cristo, resucitar, sacar de su sepulcro a los prisioneros, después de haber roto sus ataduras.

»Viendo el grave peso que oprime al pecador, Nuestro Señor Jesucristo ordena al difunto: *¡Ven fuera!*, es decir, tú que yaces en las tinieblas de la conciencia, en la podredumbre de los delitos, sal de la prisión, proclama tus culpas, para que seas santificado. *Con la boca confesamos para obtener la salvación* (Rm 10,10). Si llamado por Cristo, manifiestas tu pecado, se romperá tu encerramiento, se quebrarán tus grilletes, aunque el hedor de la putrefacción parezca insoportable.

»Y el difunto resucita y Cristo ordena que se desate al pecador: manda que le descubran el rostro, que le quiten el velo que ocultaba el verdadero prodigio operado por la gracia. Es preciso que camine con la cara descubierta, porque le han absuelto; no tiene motivo para avergonzarse quien ha recibido el perdón de sus pecados» (San Ambrosio, *Sobre la Penitencia*).

Llama la atención lo que dice san Juan cuando fue a resucitar a Lázaro: Jesús se conmovió en su interior y lloró, y los judíos dijeron: «¡Mirad cuánto le amaba!» (Jn 11,36). Jesús llora por el amigo que ha fallecido, y de alguna manera también llora ante el cristiano muerto por el pecado. ¡Cuánto nos quiere el Señor, y cómo debemos llorar nosotros porque le hemos hecho llorar!

NO VOLVER A PECAR

Un chico hizo un Curso de retiro y salió de allí decidido a cambiar de vida, y para ello, evitar las malas ocasiones. Vuelto a la ciudad se encontró con una ocasión, con unos amigotes que le invitaron a volver a las andadas. Ante su respuesta negativa, le dijeron asombrados:

–Pero chico, ¿ya no nos haces caso? ¿No nos conoces? Somos aquellos...

–Sí, respondió él, pero yo no soy aquél.

Uno de los requisitos para hacer una buena confesión es tener propósito de la enmienda, de no volver a pecar. Dios está dispuesto a perdonarnos, pero nos dice lo que a aquella mujer que aparece en el Evangelio: «Vete y no peques más» (Jn 8, 11).

Cuando uno se pone delante de Cristo crucificado y descubre su Amor por nosotros –por mí–, uno valora lo que le ofende el pecado y surge el propósito firmísimo de no volver a cometerlo ¡nunca más! Para ello, en adelante, habremos de luchar decididamente contra las tentaciones. El diablo sabe que el día que muramos en gracia de Dios ya no podrá hacernos nada, pero que mientras caminamos en esta tierra puede lograr que nos equivoquemos y escojamos el mal. Y va a tratar de engañarnos. No nos presentará el mal en cuanto mal, porque eso no lo queremos, sino que nos presentará el mal con apariencia de bien. Las tentaciones son como caramelos que llevan veneno

dentro Nos presenta algo que nos pueda gustar –el placer, el salirnos con la nuestra, la pereza...–, pero si uno se come el caramelo muere a la vida sobrenatural. Como más o menos nos damos cuenta del engaño y sabemos que podemos caer y cometer el pecado hemos de tener una decisión radical de rechazar la tentación, de salir decididamente de esa situación.

Dos muchachos pidieron un día a un sacerdote que les enseñase un remedio eficaz para no caer en ciertos pecados. Con mucho gusto –les contestó–; voy a enseñaros no uno, sino tres; y vosotros, para no olvidarlos, los escribís. Apuntad pues. Primer remedio: huir de las ocasiones; segundo remedio: huir de las ocasiones...

–Oiga, ya lo hemos escrito –le dijeron.

–¿Qué importa? Escribid por tercera vez: huir de las ocasiones, porque éste es el principal remedio y sin él todos los demás son inútiles.

Piensa ahora cuáles son las ocasiones que te pueden apartar poco o mucho del amor de Dios. En nuestra vida vamos a tener que luchar por evitar el pecado, sí; pero no podemos ver nuestro paso por a tierra como una continua negación: no puedo hacer esto, no debo hacer aquello... Negarse a hacer el mal no es una fría negación, sino una afirmación: es decir que sí a Dios. Debemos descubrir que el motor de nuestra existencia ha de ser el amor, que es el primer Mandamiento. El amor a Dios y a los demás por Dios. Es importante que descubras en qué consiste realmente ser cristiano: en amar a Dios con obras, obedeciéndole. Obedecer siempre a Dios puede costar, pero Dios sabe adónde nos lleva: nos lleva al Cielo. Por eso vale la pena cualquier sacrificio por vivir en gracia, como nos decía san Pablo: «Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (Rm 8,18).

Cumplir los Mandamientos, obedecer a Dios es vivir como vivieron en la tierra os santos que están ahora en el Cielo, es vivir como vivió la Santísima Virgen. Ellos, y especialmente nuestra Madre, nos animan desde allí para que nos esforcemos en vivir siempre en gracia de Dios, y que si le ofendemos le pidamos perdón –las veces que haga falta– porque es el camino que nos conduce a la felicidad eterna.

Aparta, Señor, de mí
lo que me aparte de Ti.

EXAMEN DE CONCIENCIA

Aunque hiciéramos el examen de conciencia junto con otras personas, conviene no perder de vista el carácter esencialmente personal del pecado, de la conversión y del perdón. Cada uno es el responsable de lo que hace en el

ejercicio de su libertad, para bien o para mal, y en su conciencia se da cuenta. El amor o el desamor a Dios es algo nuestro, muy nuestro. Tenlo en cuenta porque se te puede ocurrir diluir tu responsabilidad pensando que eso «lo hace todo el mundo», y el hecho de que otras personas actúen mal no exime a cada uno de su responsabilidad.

Se trata de que reconozcas tus errores y le pidas perdón Dios, porque el sacerdote le dice a cada uno en nombre de Cristo: «Yo te absuelvo de tus pecados.» Dios otorga el perdón de los pecados cuando se dan las condiciones necesarias. Sin embargo, según tus disposiciones personales de arrepentimiento y propósito de la enmienda recibirás –aparte del perdón– una mayor o menor gracia. Por eso, esfuézate en hacer bien tu examen de conciencia, considera el amor de Dios hacia ti, el horror que supone cada pecado –también los veniales– y pídele perdón por cada uno de ellos.

Sé sincero contigo mismo y con Dios. Aunque te pese haberlo hecho o haberlo omitido, eso ha sido tuyo, fruto de tu libertad. Y aunque te pueda costar, sácalo a la luz de tu interior y, después, muéstralo al sacerdote, como dijo el Señor a un leproso (Lc 17,14). Si lo reconoces, no importa lo que haya sido ni su gravedad, pues «aunque vuestros pecados sean rojos como la grana, se volverán blancos como la lana» (Is 1,18).

Es malo cometer el pecado, pero es peor que se pudra en el interior, imaginando que «no ha pasado nada» y que con el tiempo desaparecerá. Así tampoco desaparecen las heridas, que, si se ocultan, acaban mucho peor y duelen más.

Dios nos conoce muy bien y sabe lo que nos puede dar la salud espiritual (en latín la palabra *salus* significa tanto la salud como la salvación) y nos ha dado el remedio para curarnos y ser felices,

Ten confianza hijo, ten confianza hija, vuelve a decirnos el Señor como dijo a los que a Él se acercaban para ser curados (Mt 9,22). Lo que ahora importa es que te pongas de rodillas delante de Dios, reconozcas tus errores y le pidas perdón. Si te confiesas pecador, Él no te condena, te perdona, y podrás saborear lo que decía el salmista: «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (Salmo 34,9).

Es necesario este acto de humildad, de sinceridad interior y de ponerte de rodillas ante el ministro de Dios. No olvides que nunca está tan alto el hombre como cuando está de rodillas ante su Dios.

Pero antes de hacer el examen, te diré una última advertencia a través de esta anécdota: Queriendo una niña hacer el examen de conciencia para la confesión, tomó en sus manos un libro de piedad donde venía un guión y todos los pecados que encontró en el libro los escribió en una hoja de papel. Fue al confesor y se los leyó todos, sin entenderlos siquiera. El confesor, se dio cuen-

ta y, sonriendo, le dijo: «Pero, ¿todos esos pecados los has cometido tú?» Ella asombrada contestó: «¡No!, yo no los he cometido, los he encontrado en el libro.»

Te lo digo porque no se trata de decir muchas o pocas cosas al confesor, sino aquellos pecados que hemos hecho realmente, y que nos pesa haber cometido. Adelante, pues, con el examen.

Examen

1. ¿Procuro conocer a Dios y amarle sobre todas las cosas?
2. ¿He abusado de la confianza en Dios para pecar con mayor tranquilidad?
3. Antes de leer un libro o ver una película, ¿me informo de que no atente contra la Fe o la Moral?
4. ¿He blasfemado? ¿Delante de otros?
5. ¿He puesto a Dios por testigo –he jurado– sin causa grave o sin verdad?
6. ¿He faltado a Misa algún domingo o fiesta de guardar? ¿Por qué? ¿He llegado tarde sin motivo serio? Si he llegado más tarde del Evangelio, ¿he ido a otra Misa? ¿Me he distraído voluntariamente en ella?
7. Cumplí la penitencia que me impuso el sacerdote en la última confesión? ¿He hecho penitencia por mis pecados?
8. ¿Reconozco valientemente mis pecados o no soy sincero con Dios? ¿Soy totalmente sincero en la confesión o me he callado algún pecado grave? ¿He comulgado después?
9. ¿Reacciono con soberbia ante las indicaciones que me hacen mis padres o los profesores?
10. ¿Soy causa de problemas o de tristeza para mis padres?
11. ¿Me he dejado llevar del mal genio? ¿Me enfado con frecuencia?
12. ¿He dado mal ejemplo a mis hermanos? ¿Procuro ayudarles?
13. ¿Tengo enemistad, odio o rencor contra alguien?
14. ¿He deseado un mal grave al prójimo? ¿Me he alegrado de los males que le han ocurrido?
15. ¿Me he dejado dominar por la envidia? ¿Soy egoísta con mis cosas? ¿Me doy cuenta de las necesidades y preocupaciones de los demás?
16. ¿He puesto en peligro mi vida conduciendo vehículos a motor, haciendo ciertos deportes, etc. temerariamente?
17. ¿He puesto en peligro la vida de otro? ¿He herido a alguien?
18. ¿He sido causa de que otros pecasen por mi modo de vestir, por invitar a asistir a algún espectáculo o prestando algún libro o revista?
19. ¿He bebido con exceso o he tomado drogas?
20. ¿Me he dejado dominar por la gula?

21. ¿Me he preocupado del bien del prójimo, avisándole del peligro material o espiritual en que se encontraba o corrigiéndole, como pide la caridad cristiana?
22. ¿He dedicado al estudio las horas necesarias, sabiendo que para mí, estudiar es un deber grave de justicia?
23. ¿Me he entretenido con pensamientos o recuerdos deshonestos? ¿He visto alguna película indecente?
24. ¿He tenido conversaciones impuras? ¿Las he comenzado yo?
25. ¿He asistido a diversiones que me ponían en ocasión próxima de pecar? ¿Me he marchado a tiempo?
26. ¿Puedo haber sido ocasión de pecado para otro?
27. ¿He rechazado las sensaciones impuras? ¿Las he provocado yo?
28. ¿He hecho acciones impuras? ¿Solo o con otra persona? ¿Cuántas veces? ¿Del mismo o distinto sexo?
29. ¿Tengo amistades que son ocasión de pecado para mí? ¿Estoy dispuesto a dejarlas?
30. ¿He robado algo? ¿Estoy dispuesto a devolverlo?
31. ¿Falto a la virtud de la pobreza haciendo gastos excesivos o superfluos?
32. ¿Ayudo a la Iglesia en sus necesidades?
33. ¿He dicho mentiras?
34. ¿He descubierto defectos de los demás, aunque sean ciertos, sin causa justificada?
35. ¿He calumniado, es decir, he atribuido a los demás cosas malas que no eran ciertas? ¿He reparado el daño o estoy dispuesto a hacerlo?
36. ¿He abierto o leído correspondencia u otros escritos que, por su modo de estar conservados, se desprende que sus dueños no quieren que se conozca?
37. ¿Estoy dispuesto a no volver a pecar y a reparar lo que sea necesario?

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero,
Creador, Padre y Redentor mío;
por ser Vos Quien sois, Bondad infinita,
y porque os amo sobre todas las cosas,
me pesa de todo corazón haberos ofendido.
También me pesa porque podéis castigarme
con las penas del infierno.
Ayudado de vuestra divina gracia,
propongo firmemente nunca más pecar, confesarme
y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Amén.

Fórmula de la Absolución (para meditar)

Dios, Padre misericordioso,
que reconcilió consigo al mundo
por la muerte y la resurrección de su Hijo
y derramó el Espíritu Santo
para la remisión de los pecados, te conceda,
por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz.
Y YO TE ABSUELVO DE TUS PECADOS
EN EL NOMBRE DEL PADRE, Y DEL HIJO,
+ Y DEL ESPIRITU SANTO.

La pasión de nuestro Señor Jesucristo,
la intercesión de la Bienaventurada Virgen María
y de todos los santos,
el bien que hagas y el mal que puedas sufrir,
te sirvan como remedio de tus pecados,
aumento de gracia y premio de vida eterna.
Vete en paz.

No lo olvides

Mientras vivimos en la tierra, también los cristianos podemos pecar y perder la vida divina. Dios nos conoce muy bien y nos ama mejor de lo que nos amamos nosotros mismos. Por eso nos ha dejado el sacramento del perdón de Dios.

Dios es un Padre amoroso que nos llama en nuestra conciencia y espera que volvamos a Él para darnos un abrazo. Por tanto, no hemos de tenerle miedo; lo que hemos de temer es no estar a su lado. Él quiere perdonar nuestros pecados, pero necesita que pongamos algo de nuestra parte: que los reconozcamos y le pidamos perdón.

Todos hemos de recorrer este camino –tú también– y así tener la alegría que Dios da a sus hijos.